



BOLETÍN DEL OBISPADO DE TUI-VIGO

AÑO 150
Nº 2.733
JULIO-AGOSTO DE 2008

IGLESIA DE TUI-VIGO

Del Sr. Obispo

En el Centenario del nacimiento del Fundador de los Hermanos Misioneros de los Enfermos Pobres es

Saludo cordialmente a los Hermanos Misioneros de los Enfermos Pobres y me uno a su “acción de gracias” al Señor al celebrar el primer centenario del nacimiento de su fundador, Hermano Antonio Jácome Pumar.

No tuve la suerte de tratar personalmente al hermano Antonio, pero, sí, he tenido el conocimiento de él y de su obra a través de sus familiares, cuando estuve como obispo de Ourense desde 1.987 a 1.996, y, en estos últimos años, por las obras que su fundación lleva a cabo en la ciudad de Vigo.

El mejor conocimiento de los rasgos del fundador y de las características de sus obras nos da la imagen de un hombre verdaderamente evangélico, que, desde una gran sencillez y una profunda humanidad, va realizando las “obras de Dios” como instrumento dócil en sus manos.

El hermano Antonio a ninguna de las “grandes obras” que llevó a cabo las consideró fruto suyo y, menos todavía, de su propiedad.

Para él, todo viene de Dios y a Él se lo devuelve como único dueño. Fue instrumento útil y dócil en sus manos, pero no sin afectos y sin vida. Nos dice el hermano Donaire, que conoció bien al fundador, que pasaba muchas horas en oración ante el Cristo del Sagrario y desgranando las cuentas del rosario a Nuestra Señora. En ellas dejó que el corazón se calentara con el amor que a raudales brota del Cristo escondido. El hermano Antonio amó a los “enfermos pobres” con la intensidad que el amor de Cristo le exigía hasta dar su propia vía a favor de los hermanos. La devoción a Nuestra Señora le fue llevando a vivir en humildad siguiendo muy de cerca los pasos de la “esclava del Señor”.

Cuando uno conoce más de cerca al hermano Antonio y la gran obra de caridad que llevó a cabo, se siente impulsado a repetir las palabras de Cristo-Jesús:

“Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla”. El fundador de los H.M. de los Enfermos Pobres vivió para los demás porque aceptó en su corazón el amor de Dios: Éste fue el camino que él vivió y que seguirán viviendo los miembros del instituto por él fundado.

Mayo de 2008



+ José Diegues
Obispo de Tui-Vigo

Poeta y Cristiano

Un nuevo libro de nuestro “poeta y cristiano”, D. Fernando Valmaseda. “Poeta y cristiano” son dos rasgos que destacan en esta obra. Será difícil descubrir cuál de ellos ocupa el lugar preferente. Dejando para plumas más inspiradas su rasgo poético, me detendré en el de “cristiano”.

Desde la primera línea hasta la última todo gira en torno a la figura de Cristo-Jesús y de su Mensaje de Salvación. El mismo autor nos dice: “... están escritos mis nuevos Poemas con el deseo ferviente de que te ayuden a conocer más y mejor a Jesús de Nazaret”. Mas no se queda D. Fernando en un conocimiento que ilustra el entendimiento sino que su propósito es “calentar” el corazón, hasta tal punto que se sienta impulsado a desear el encuentro con el Señor y pueda decir con el Apocalipsis: “¡Ven, Señor Jesús!”.

Los tres primeros capítulos de este libro son una buena prueba de lo que venimos diciendo. Tres lugares llaman especialmente la atención: Belén, el Cenáculo y el Gólgota. Buena elección para conocer a Cristo-Jesús, descubrir sus sentimientos y participar de ellos.

La mirada a Belén no puede faltar en el poeta que nos quiera decir algo de la vida de Cristo-Jesús y, menos todavía, cuando este poeta se tenga y sea un seguidor del Señor. No hay lugar alguno en el Evangelio donde la poesía encuentre sitio más adecuado y el fervor cristiano su ternura más profunda y duradera.

Es necesario entrar en la escuela del Gólgota para aprender la gran lección del que entrega su vida en la cruz para salvarnos de la esclavitud del pecado. También aquí encuentra el poeta cristiano estímulos para que su decir poético y sus vivencias cristianas alcancen las cumbres más altas. Entre Belén y el Gólgota está el Cenáculo, que nos da la razón de lo que se realiza en uno y en otro.

D. Fernando, como buen adorador nocturno, no puede omitir el lugar donde, por primera vez, el Cuerpo y la Sangre del Señor se hizo comida y bebida de la humanidad. Él, con el alma de poeta y de cristiano, escribe:

“Cuánta vida, paz y amor Tú nos dejaste. En ese Trozo de Pan sin levadura. En ese Vino, que Amor da sin mensura”.

No es posible amar a Cristo-Jesús y que su Madre no ocupe un lugar preferente en el corazón. Por eso el Sr. Valmaseda no puede omitir un capítulo dedicado a Nuestra Señora. Con palabras de gran inspiración poética y de tierno amor va dibujando ante nuestra mirada la mujer más santa y obediente a lo que Dios le fue indicando. En doce composiciones sintetiza lo mucho que de Ella conoce y también lo mucho que la quiere.

En los capítulos quinto y sexto, vuelve a los temas ya tratados, pero que, ahora, presenta hechos vida en las personas que más cerca han estado o siguen estando de D. Fernando. En el capítulo séptimo, nuestro “poeta cristiano”, que es un hombre de fe y esperanza, da rienda suelta a su inspiración poética hablándonos de la Vida, que alcanzan “los que han muerto en el Señor”.

En los dos últimos capítulos – el octavo y el noveno – trae el autor a nuestra consideración las tierras y lugares que él recorrió; las personas con las que trabajó, rezó o compartió alegrías y sufrimientos. Cosas pequeñas y grandes van pasando por estas composiciones poéticas. Unas permanecen en el presente y otras ya pertenecen al pasado mas todas siguen muy presentes en el recuerdo de nuestro “poeta cristiano” de tan fina sensibilidad poética y también de tan altos sentimientos cristianos.

El autor ha de poner fin a su obra. Como síntesis y compendio de todo lo que nos ha transmitido, centra ahora su fe y su mirada del corazón en el Buen Dios y le expresa así sus deseos:

“Creo que sabes, mi Dios,
Cuánto te quiero y te amo
Quiero que sepas, Señor,
Que me tienes tu lado
.....
.....
No me quieres como esclavo,
Ni como siervo me quieres
Me quieres como un amigo:
¡Amigo, Tú me has llamado
Mi querido Dios, mi amado!.
Que sepa corresponder
A la amistad que me has dado.
¡Que por amor a tu amigo
En la Hostia te has quedado!”

Mi cordial felicitación a D. Fernando Valmaseda por este libro, en el que , con tanto entusiasmo y hermosura, nos comunica sus sentimientos y deseos de “poeta cristiano”. Su lectura nos ayudará a vivir con alegría y esperanza nuestra condición de creyentes y miembros de la Comunidad cristiana.

Vigo, 21 de abril de 2008.



+ José Viegas
Obispo de Tui-Vigo

Comunicación Eclesiástica del Matrimonio Canónico al Registro Civil

El pasado 7 de Julio, el Secretario General de la CEE comunicó a los Obispos españoles el nuevo acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística, que regulará a partir de ahora la comunicación de los datos estadísticos de los matrimonios canónicos celebrados.

Según este acuerdo, el Encargado del Registro Civil será quien recabe tales datos a los recién casados, cuando acudan a inscribir su matrimonio.

“Por lo cual, de ahora en adelante, hasta que se elaboren nuevos impresos, será necesario que los párrocos, al comunicar la celebración del matrimonio canónico al Registro Civil, eliminen la hoja destinada a datos estadísticos”.

Expediente Matrimonial para extranjeros de fuera de la Unión Eur opea

El pasado mes de Abril, la Secretaría General de la CEE envió un comunicado a los señores Obispos advirtiendo de la existencia de documentos posiblemente falsos de ciudadanos extranjeros, especialmente de algunos países africanos, como de hecho se ha confirmado. En las Curias diocesanas, hace tiempo que se han tomada las debidas cautelas.

Por este motivo, quiero recordar a los párrocos que se cuide especialmente la preparación catequética, la asistencia a los cursillos prematrimoniales, las entrevistas para el expediente y la celebración sacramental.

En cuanto a la documentación canónica se han de incluir los siguientes documentos:

1. Fotocopia compulsada del pasaporte y del permiso de residencia en España.
2. Certificación de empadronamiento en la población o poblaciones donde hayan residido en los dos últimos años.(Se solicita en los Ayuntamientos).
3. Certificación literal reciente de nacimiento, incluidas las eventuales notas marginales.
4. Fe de vida y estado (a no ser que esto ya esté acreditado por otros medios).
5. Certificación de la Embajada o Consulado de su país en el Estado Español, en la que se especifiquen cuáles son los requisitos de capacidad para contraer matrimonio, según la legislación actual en aquel país.(Se trata de asegurar que el matrimonio podrá ser inscrito civilmente en su país de origen).
6. Si no son católicos, acreditación de su bautismo de la Iglesia correspondiente o declaración jurada de que no está bautizado/a, junto a la declaración de respeto a la fe que llamamos “cautelos”.

Nota:

-Todos los documentos deben ser presentados en su original o en copia compulsada con el original, debidamente autenticada. En su caso, deberán ser también acompañados de su correspondiente traducción por organismo diplomático o intérprete jurado.

-Los documentos que procedan de las diócesis deberán ser enviadas de Obispado a Obispado directamente.

-Conviene no fijar fecha de boda mientras no se tenga toda la documentación arrojada. Ante cualquier duda, consultar en el Obispado.

Huelga decir que la buena acogida y el servicio esmerado a los inmigrantes ha de ser siempre característica de todas las parroquias. Igualmente la preocupación por prestarles toda ayuda humana, social y espiritual.

Vigo, 30 de Agosto de 2008.

Jesús Gago Blanco
Vicario General

Sagradas Órdenes

El día 9 de marzo pasado, Domingo de la Quinta Semana Cuaresma, en la Catedral de Tui, el Sr. Obispo confirió el Sagrado Orden del *Presbiterado* al Diácono **don David Romero Boullosa**

y el *Diáconado*, al Acólito **don David Dosantos Gómez**, para el servicio de esta Diócesis de Tui-Vigo.

Incardinación

El día 22 de julio pasado, fue *incardinado* en el Clero de esta Diócesis de Tui-Vigo, el presbítero de la Diócesis de Ourense, **don Isaac de Vega Aribas**, nacido en O Porriño el 2 de Junio de 1953, y ordenado Sacerdote en Ourense el 8 de Septiembre de 1978. El mencionado presbítero venía ya ejerciendo el ministerio sacerdotal en esta Diócesis de Tui-Vigo, como Párroco de Santa María de Barbudo y Capellán del Centro Penitenciario de A Lama.

Nombramiento de Rector del Seminario Menor de San Pelayo

Don Juan José González Estévez, Lic. en Estudios Eclesiásticos y en Filosofía, *Rector del Seminario Menor de San Pelayo*, de Tui. Continuará con los cargos que venía ejerciendo, salvo el de Párroco de Santa María de Reboreda.

Otros nombramientos

Don Angel Manuel Bastos Vázquez, *Párroco de Santo André de Valadares*, por seis años;

padre Valentín Serrano Serrano, OFMCap., *Párroco de María Nai do bo Pastor de Vigo;*

padre Augusto Guerra Sancho, OCD, *Vicario Parroquial de Nosa Señora do Carme*, de Vigo.

Tres ofertas de Pastoral Juvenil: Urca, Forumpj y Jornada Interdiocesana

URCA, del 19 al 21 Septiembre en el Monte do Gozo en Santiago de Compostela. Es un encuentro de gente joven con valores. URCA (es una embarcación grande para el transporte de cereales y otras mercancías) pretende ser un espacio anual para la puesta en común de la expresión artística, el encuentro y la solidaridad, la comunicación y el intercambio de tantos jóvenes que hacen o desean hacer cosas interesantes. Más información en www.urca.es y preguntando al Delegado de PJ.

EL FORUMPJ 08 (Forum de Pastoral con Jóvenes) se celebrará en noviembre en Madrid. Es una oportunidad para conocerse cuantos viven y trabajan la evangelización de los jóvenes, para compartir experiencias e ilusiones. Quienes deseen participar, sería bueno que fueran algunos jóvenes de distintas zonas de la Diócesis, pueden ponerse en contacto con el Delegado de Pastoral Juvenil (D. Benito, 608.280.655) antes de octubre. Mas información www.forumpj.org.

La **Jornada Interdiocesana de la Juventud** tendrá lugar el sábado 25 de octubre, en la Casa de Ejercicios de Santiago de Compostela, de 10,30 a 20,00 horas, con la presencia de los obispos de Galicia. Tendrá lugar la presentación oficial del PROYECTO MARCO de Pastoral con Jóvenes, aprobado recientemente por la Conferencia Episcopal. A continuación (21 horas) Concierto de Migueli, en la Sala Capitol.

Jornada de Formación del Voluntariado de Cáritas

Como en años anteriores (el sábado 27 de septiembre y bajo el lema “*Ojos abiertos para ver; corazón dispuesto para responder*”), se celebrará en el Colegio de los Hnos. Maristas de Tui la VI Jornada de Formación del Voluntariado de Cáritas. El objetivo de la misma es facilitar – de una manera festiva, amena y distendida – el encuentro, la convivencia, el intercambio de experiencias, fortalecer el sentimiento de pertenencia al grupo y el sentirse acompañados y apoyados en la acción. Además se darán algunas claves para mejorar, si cabe, la labor que con tanta dedicación y entrega se realiza en todas y cada una de las Cáritas Parroquiales y cuyos destinatarios continúan siendo “los últimos y no atendidos” de la comunidad. Para el desplazamiento a Tui de todos los voluntarios de las Cáritas que deseen asistir, se contará con servicio de autobús.

La Parroquia de San Pablo, “Templo Jubilar”

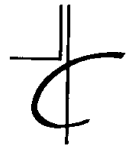
Como se sabe, el Papa Benedicto XVI ha declarado para toda la iglesia universal “Año jubilar paulino” este año 2008, desde el pasado 28 de junio hasta el 29 de junio de 2009, para conmemorar el dos mil aniversario del nacimiento de San Pablo. En muchos lugares del orbe los Obispos están señalando iglesias y oratorios en los que se pueden obtener las gracias propias de los “años jubilaes”.

En la prensa se ha difundido la noticia de que on fecha del pasado 15 de agosto, también Mons. José Diéguez Reboredo, ha firmado un decreto por el cual se declara a la iglesia parroquial de San Pablo, de Vigo, templo jubilar en este Año Paulino.

En consecuencia, los fieles que acudan a la iglesia de San Pablo podrán lucrar la Indulgencia Plenaria todos los sábados y domingos del año; en las fiestas de los Apóstoles y también en la fiesta de San Pablo. Además, en los días en que se realicen peregrinaciones organizadas por las parroquias u otras entidades y asociaciones eclesiales, se concede la Indulgencia Plenaria a los fieles que participen en tales peregrinaciones.

El Obispo expresa su deseo de que en el templo de San Pablo, y desde él, “se fomente en toda la ciudad de Vigo una intensa catequesis sobre el sacramento de la Penitencia y del perdón, y se promueva y facilite la práctica del mismo”. Seguramente a partir de esta decisión del Obispo serán muchas las parroquias que empiecen a organizar peregrinaciones al “templo jubilar” para mostrar la devoción al “Apóstol de las gentes” y para lucrarse de las gracias jubilares.

Alberto Cuevas



Conferencia Episcopal Española

Nota de Prensa uniéndose al dolor de los familiares de las víctimas del accidente aéreo

Conmovidos por la triste noticia del accidente ocurrido hoy en el aeropuerto de Madrid-Barajas, los obispos españoles se unen al dolor de los familiares de las víctimas, encomiendan a Dios el eterno descanso de los fallecidos y hacen votos por el restablecimiento de los heridos.

Asimismo, invitan a los católicos a incluir estas intenciones en su plegaria personal y comunitaria.

Madrid, 20 de agosto de 2008

Delegación Episcopal para el Clero

Un viaje a Turquía

La Comisión Episcopal del Clero de la Conferencia Episcopal Española organiza, cada año, un curso para sacerdotes en Turquía. Este año, dedicado a San Pablo, han participado en el curso cuarenta y siete sacerdotes de toda España; seis de ellos de esta Diócesis de Tui-Vigo. Las explicaciones han estado a cargo del Prof. Manuel González López-Corps, de la Facultad de Teología de San Dámaso (Madrid). El recorrido por esas tierras de Asia Menor nos retrotrae a los primeros tiempos del cristianismo; a la etapa apostólica y a la época de los padres de la Iglesia. El Nuevo Testamento nos ayuda a evocar el significado de ciudades como Antioquía de Siria – hoy Hatay - , donde a los seguidores de Jesús se les dio por primera vez el nombre de “cristianos” o Tarso de Sicilia – Tarsus-, ciudad natal de San Pablo, donde hay una iglesia-museo dedicada al Apóstol.

La región de la Capadocia nos deslumbra por su paisaje lunar y por tantos valles que, en su día, estaban completamente poblados por monjes. Hoy quedan las iglesias rupestres, embellecidas con frescos, muchos de los cuales han logrado, casi por milagro, sobrevivir a los ataques de los iconoclastas y de los musulmanes. El valle de Göreme es, en este sentido, de una riqueza inimaginable. Parece percibirse aún la huella de los Padres Capadocios: San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio de Nisa.

La Iconio paulina se llama hoy Konya. Pablo, acompañado por Bernabé, evangelizó la ciudad. Hay una iglesia católica, dedicada a San Pablo, y atendida por dos religiosas italianas. Pero no queda en la antigua Iconio ninguna familia cristiana. Sí se puede visitar el monasterio-mausoleo de Mevlana, el místico musulmán fundador del sufismo y de los derviches danzantes. En Yalvaç se pueden ver los restos de lo que fue Antioquía de Pisidia, donde Pablo y Bernabé, al ser rechazados por los judíos, tomaron la determinación de ir a predicar a los gentiles. Según la tradición, en Hierápolis (Pamukkale) evangelizó San Felipe – no sabemos si el apóstol o el diácono – y allí fue martirizado. De camino hacia Éfeso, se puede visitar Colosas – todavía por excavar - , Laodicea

- una de las iglesias del Apocalipsis - , la ciudad romana de Afrodias y Mileto, colonia griega del Asia Menor, donde Pablo predicó a judíos y gentiles.

Éfeso evoca la presencia de San Pablo, que vivió allí durante tres años, de San Juan, sobre cuyo lugar de enterramiento se construyó una enorme basílica en tiempos de Justiniano, cuyas ruinas se conservan, y la presencia de María. En la iglesia de la Theotokos se definió el dogma de su maternidad divina. Con la invasión musulmana, Éfeso dejó de ser cristiana. Hoy tanto la tumba de San Juan como lo que queda de la iglesia del concilio forman parte de sendos museos arqueológicos al aire libre. En la cumbre del monte Bulbull Dag se encuentra la “Meryemana”, la “Casa de la Virgen”, un santuario atendido por religiosos capuchinos.

En Esmirna hay un arzobispado latino. El arzobispo, Mons. Franceschini, reflexiona, en la celebración de la Santa Misa, sobre el significado de ser misioneros en esas tierras y sobre la urgencia y la necesidad de abrir lugares de culto y espacios de encuentro.

De camino a Çanakkale, breve parada para ver lo que queda de otras de las iglesias del Apocalipsis: Tiatira y Pérgamo, una impresionante ciudad helénica, donde se conserva el Asklepión, en honor del dios de la salud. Troya permite remontarse a diferentes épocas, si uno está atento a los diversos estratos de las excavaciones arqueológicas. Es posible, incluso, contemplar murallas del 3000 a.C.

Antigua capital del Imperio Otomano, Bursa es una ciudad con un rico patrimonio artístico: la Gran Mezquita, la Mezquita Verde, la Tumba Verde... Pero no hay signos de presencia cristiana. En Nicea (Iznik) se celebró el primer concilio ecuménico. Del palacio del emperador Constantino, sede del Concilio, apenas queda nada. La iglesia de Santa Sofía fue el escenario del II Concilio de Nicea. Hoy es un museo en fase de restauración.

El viaje termina en la bellísima Estambul, ciudad intercontinental, que se refleja en las aguas del estrecho del Bósforo o en el azul del Cuerno de Oro. Cosmopolita, monumental, densamente poblada, la visita a Estambul justifica, por sí sola, un viaje a Turquía. La plaza de Taksim, en la parte europea de Estambul, o la Istiklal Caddesi son zonas modernas, literalmente abarrotadas de jóvenes, de locales de moda y de librerías.

La monumental Santa Sofía impone por sus inmensas proporciones, inauditas en una basílica del siglo VI. La iglesia-museo de San Salvador en Chora, una pequeña iglesia bizantina, ofrece sus frescos y sus esplendorosos mosaicos de la época de los Paleólogos. Permite hacerse una idea de cómo sería Santa Sofía si no hubiese sido víctima de la furia iconoclasta. No debe tampoco dejar de visitarse la Cisterna de Justiniano. Entre las más de 2.500 mezquitas que hay en la ciudad, destaca, en las proximidades de Santa Sofía, la llamada “Mezquita Azul”. El Palacio del Sultán, Topkapy, nos habla de la suntuosidad de la corte otomana. Y una travesía por el Bósforo permite admirar, a una y a otra orilla, la magnificencia de palacios y villas, además del encanto mágico de Estambul.

Si del pasado volvemos al presente se impone una reflexión: No está asegurada la pervivencia de la Iglesia en una determinada nación. La que fue, en su día, la tierra más cristiana hoy es un país mayoritariamente islámico. Por todas partes se ven minaretes; por todas partes se oye a los muecines llamando a la oración. El Islam es omnipresente; parece abarcarlo todo. Y casi hace falta llegar a Estambul para volver a escuchar el añorado y familiar sonido de las campanas, en alguna de las iglesias que están abiertas al culto en la antigua Constantinopla. Pero también esa omnipresencia del Islam desafía la secularidad ilustrada y nos recuerda que la religión está más vigente en el mundo de lo que podrían sospechar determinados profetas de la Modernidad.

De más de setenta millones de habitantes, apenas cien mil son cristianos: armenios, en su mayoría; pero también ortodoxos; evangélicos y católicos. Por lo que he podido apreciar, la relación entre los cristianos es buena. En la Sede del Patriarcado Ecuménico se nos invitó, por ejemplo, a cantar el Padrenuestro en latín y se nos habló, con gran simpatía, de Pablo VI, de Juan Pablo II y de Benedicto XVI. Aunque el Estado es oficialmente laico, y se mantiene el domingo como día de descanso, el Ministerio de Asuntos Religiosos se ocupa de la formación de los imanes sunnitas, de pagar su sueldo y de edificar las mezquitas. Las minorías de otras religiones no cuentan, ni de lejos, con esas ventajas.

Guillermo Juan Morado



Del Santo Padre

XXIII Jornada Mundial de la Juventud en Sydney

Vigilia con los Jóvenes **(Hipódromo de Randwick, 19 de julio)**

Queridos jóvenes:

Una vez más, en esta tarde hemos oído la gran promesa de Cristo, «cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza», y hemos escuchado su mandato: «seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1, 8). Éstas fueron las últimas palabras que Cristo pronunció antes de su ascensión al cielo. Lo que los Apóstoles sintieron al oírlas sólo podemos imaginarlo. Pero sabemos que su amor profundo por Jesús y la confianza en su palabra los impulsó a reunirse y esperar en la sala de arriba, pero no una espera sin un sentido, sino juntos, unidos en la oración, con las mujeres y con María (cf. *Hch* 1, 14). Esta tarde nosotros hacemos lo mismo. Reunidos delante de nuestra Cruz, que tanto ha viajado, y del icono de María, rezamos bajo el esplendor celeste de la constelación de la Cruz del Sur. Esta tarde rezo por vosotros y por los jóvenes de todo el mundo. Dejaos inspirar por el ejemplo de vuestros Patronos. Acoged en vuestro corazón y en vuestra mente los siete dones del Espíritu Santo. Reconoced y creed en el poder del Espíritu Santo en vuestra vida.

El otro día hablábamos de la unidad y de la armonía de la creación de Dios y de nuestro lugar en ella. Hemos recordado cómo nosotros, que hemos

sido creados a imagen y semejanza de Dios, mediante el gran don del Bautismo nos hemos convertido en hijos adoptivos de Dios, nuevas criaturas. Y precisamente como hijos de la luz de Cristo, simbolizada por las velas encendidas que tenéis en vuestras manos, damos testimonio en nuestro mundo del esplendor que ninguna tiniebla podrá vencer (cf. *Jn* 1, 5).

Esta tarde ponemos nuestra atención sobre el «cómo» llegar a ser testigos. Tenemos necesidad de conocer la persona del Espíritu Santo y su presencia vivificante en nuestra vida. No es fácil. En efecto, la diversidad de imágenes que encontramos en la Escritura sobre el Espíritu –viento, fuego, soplo– ponen de manifiesto lo difícil que nos resulta tener una comprensión clara de él. Y, sin embargo, sabemos que el Espíritu Santo es quien dirige y define nuestro testimonio sobre Jesucristo, aunque de modo silencioso e invisible.

Ya sabéis que nuestro testimonio cristiano es una ofrenda a un mundo que, en muchos aspectos, es frágil. La unidad de la creación de Dios se debilita por heridas profundas cuando las relaciones sociales se rompen, o el espíritu humano se encuentra casi completamente aplastado por la explotación o el abuso de las personas. De hecho, la sociedad contemporánea sufre un proceso de fragmentación por culpa de un modo de pensar que por su naturaleza tiene una visión reducida, porque descuida completamente el horizonte de la verdad, de la verdad sobre Dios y sobre nosotros. Por su naturaleza, el relativismo non es capaz de ver el cuadro en su totalidad. Ignora los principios mismos que nos hacen capaces de vivir y de crecer en la unidad, en el orden y en la armonía.

Como testigos cristianos, ¿cuál es nuestra respuesta a un mundo dividido y fragmentario? ¿Cómo podemos ofrecer esperanza de paz, restablecimiento y armonía a esas «estaciones» de conflicto, de sufrimiento y tensión por las que habéis querido pasar con esta Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud? La unidad y la reconciliación no se pueden alcanzar sólo con nuestros esfuerzos. Dios nos ha hecho el uno para el otro (cf. *Gn* 2, 24) y sólo en Dios y en su Iglesia podemos encontrar la unidad que buscamos. Y, sin embargo, frente a las imperfecciones y desilusiones, tanto individuales como institucionales, tenemos a veces la tentación de construir artificialmente una comunidad «perfecta». No se trata de una tentación nueva. En la historia de la Iglesia hay muchos ejemplos de tentativas de esquivar y pasar por alto las debilidades y los fracasos humanos para crear una unidad perfecta, una utopía espiritual.

Estos intentos de construir la unidad, en realidad la debilitan. Separar al Espíritu Santo de Cristo, presente en la estructura institucional de la Iglesia, pondría en peligro la unidad de la comunidad cristiana, que es precisamente un don del Espíritu. Se traicionaría la naturaleza de la Iglesia como Templo vivo del Espíritu Santo (cf. *1 Co*3, 16). En efecto, es el Espíritu quien guía a la Iglesia por el camino de la verdad plena y la unifica en la comunión y el servicio del ministerio (cf. *Lumen gentium*, 4). Lamentablemente, la tentación de «ir por libre» continúa. Algunos hablan de su comunidad local como si se tratara de algo separado de la así llamada Iglesia institucional, describiendo a la primera como flexible y abierta al Espíritu, y la segunda como rígida y carente de Espíritu.

La unidad pertenece a la esencia de la Iglesia (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 813); es un don que debemos reconocer y apreciar. Pidamos esta tarde por nuestro propósito de cultivar la unidad, de contribuir a ella, de resistir a cualquier tentación de darnos media vuelta y marcharnos. Ya que lo que podemos ofrecer a nuestro mundo es precisamente la magnitud, la amplia visión de nuestra fe, sólida y abierta a la vez, consistente y dinámica, verdadera y sin embargo orientada a un conocimiento más profundo. Queridos jóvenes, ¿acaso no es gracias a vuestra fe que amigos en dificultad o en búsqueda de sentido para sus vidas se han dirigido a vosotros? Estad vigilantes. Escuchad. ¿Sois capaces de oír, a través de las disonancias y las divisiones del mundo, la voz acorde de la humanidad? Desde el niño abandonado en un campo de Darfur a un adolescente desconcertado, a un padre angustiado en un barrio periférico cualquiera, o tal vez ahora, desde lo profundo de vuestro corazón, se alza el mismo grito humano que anhela reconocimiento, pertenencia, unidad. ¿Quién puede satisfacer este deseo humano esencial de ser uno, estar inmerso en la comunión, de estar edificado y ser guiado a la verdad? El Espíritu Santo. Éste es su papel: realizar la obra de Cristo. Enriquecidos con los dones del Espíritu, tendréis la fuerza de ir más allá de vuestras visiones parciales, de vuestra utopía, de la precariedad fugaz, para ofrecer la coherencia y la certeza del testimonio cristiano.

Amigos, cuando recitamos el Credo afirmamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida». El «Espíritu creador» es la fuerza de Dios que da la vida a toda la creación y es la fuente de vida nueva y abundante en Cristo. El Espíritu mantiene a la Iglesia unida a su Señor y fiel a la tradición apostólica. Él es quien inspira las Sagradas Escrituras y guía al Pueblo de Dios hacia la ple-

nitud de la verdad (cf. *Jn* 16, 13). De todos estos modos el Espíritu es el «dador de vida», que nos conduce al corazón mismo de Dios. Así, cuanto más nos dejamos guiar por el Espíritu, tanto mayor será nuestra configuración con Cristo y tanto más profunda será nuestra inmersión en la vida de Dios uno y trino.

Esta participación en la naturaleza misma de Dios (cf. *2 P* 1, 4) tiene lugar a lo largo de los acontecimientos cotidianos de la vida, en los que Él siempre está presente (cf. *Ba* 3, 38). Sin embargo, hay momentos en los que podemos sentir la tentación de buscar una cierta satisfacción fuera de Dios. Jesús mismo preguntó a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn* 6, 67). Este alejamiento puede ofrecer tal vez la ilusión de la libertad. Pero, ¿a dónde nos lleva? ¿A quién vamos a acudir? En nuestro corazón, en efecto, sabemos que sólo el Señor tiene «palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 67-69). Alejarnos de Él es sólo un intento vano de huir de nosotros mismos (cf. S. Agustín, *Confesiones* VIII, 7). Dios está con nosotros en la vida real, no en la fantasía. Enfrentarnos a la realidad, no huir de ella: esto es lo que buscamos. Por eso el Espíritu Santo, con delicadeza, pero también con determinación, nos atrae hacia lo que es real, duradero y verdadero. El Espíritu es quien nos devuelve a la comunión con la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo ha sido, de modos diversos, la Persona olvidada de la Santísima Trinidad. Tener una clara comprensión de él nos parece algo fuera de nuestro alcance. Sin embargo, cuando todavía era pequeño, mis padres, como los vuestros, me enseñaron el signo de la Cruz y así entendí pronto que hay un Dios en tres Personas, y que la Trinidad está en el centro de la fe y de la vida cristiana. Cuando crecí lo suficiente para tener un cierto conocimiento de Dios Padre y de Dios Hijo –los nombres ya significaban mucho– mi comprensión de la tercera Persona de la Trinidad seguía siendo incompleta. Por eso, como joven sacerdote encargado de enseñar teología, decidí estudiar los testimonios eminentes del Espíritu en la historia de la Iglesia. De esta manera llegué a leer, en otros, al gran san Agustín.

Su comprensión del Espíritu Santo se desarrolló de modo gradual; fue una lucha. De joven había seguido el Maniqueísmo, que era uno de aquellos intentos que he mencionado antes de crear una utopía espiritual separando las cosas del espíritu de las de la carne. Como consecuencia de ello, albergaba al principio sospechas respecto a la enseñanza cristiana sobre la encarnación de Dios. Y, con todo, su experiencia del amor de Dios presente en la Iglesia lo llevó a

buscar su fuente en la vida de Dios uno y trino. Así llegó a tres precisas intuiciones sobre el Espíritu Santo como vínculo de unidad dentro de la Santísima Trinidad: unidad como comunión, unidad como amor duradero, unidad como dador y don. Estas tres intuiciones no son solamente teóricas. Nos ayudan a explicar cómo actúa el Espíritu. Nos ayudan a permanecer en sintonía con el Espíritu y a extender y clarificar el ámbito de nuestro testimonio, en un mundo en el que tanto los individuos como las comunidades sufren con frecuencia la ausencia de unidad y de cohesión.

Por eso, con la ayuda de san Agustín, intentaremos ilustrar algo de la obra del Espíritu Santo. San Agustín señala que las dos palabras «Espíritu» y «Santo» se refieren a lo que pertenece a la naturaleza divina; en otras palabras, a lo que es compartido por el Padre y el Hijo, a su *comunión*. Por eso, si la característica propia del Espíritu es de ser lo que es *compartido* por el Padre y el Hijo, Agustín concluye que la cualidad peculiar del Espíritu es la *unidad*. Una unidad de comunión vivida: una unidad de personas en relación mutua de constante entrega; el Padre y el Hijo que se dan el uno al otro. Pienso que empezamos así a vislumbrar qué iluminadora es esta comprensión del Espíritu Santo como unidad, como comunión. Una unidad verdadera nunca puede estar fundada sobre relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas. Y tampoco la unidad es simplemente la suma total de los grupos mediante los cuales intentamos a veces «*definirnos*» a nosotros mismos. De hecho, sólo en la vida de comunión se sostiene la unidad y se realiza plenamente la identidad humana: reconocemos la necesidad común de Dios, respondemos a la presencia unificadora del Espíritu Santo y nos entregamos mutuamente en el servicio de los unos a los otros.

La segunda intuición de Agustín, es decir, el Espíritu Santo como amor que permanece, se desprende del estudio que hizo sobre la *Primera Carta de san Juan*, allí donde el autor nos dice que «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Agustín sugiere que estas palabras, a pesar de referirse a la Trinidad en su conjunto, se han de entender también como expresión de una característica particular del Espíritu Santo. Reflexionando sobre la naturaleza permanente del amor, «quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (*ibíd.*), Agustín se pregunta: ¿es el amor o es el Espíritu quien garantiza el don duradero? La conclusión a la que llega es ésta: «El Espíritu Santo nos hace vivir en Dios y Dios en nosotros; pero es el amor el que causa esto. El Espíritu por tanto es Dios como amor» (*De Trinitate* 15,17,31). Es una magnífica explicación: Dios comparte a sí

mismo como amor en el Espíritu Santo. ¿Qué más podemos aprender de esta intuición? El amor es el signo de la presencia del Espíritu Santo. Las ideas o las palabras que carecen de amor, aunque parezcan sofisticadas o sagaces, no pueden ser «del Espíritu». Más aún, el amor tiene un rasgo particular; en vez de ser indulgente o voluble, tiene una tarea o un fin que cumplir: permanecer. El amor es duradero por su naturaleza. De nuevo, queridos amigos, podemos echar una mirada a lo que el Espíritu Santo ofrece al mundo: amor que despeja la incertidumbre; amor que supera el miedo de la traición; amor que lleva en sí mismo la eternidad; el amor verdadero que nos introduce en una unidad que permanece.

Agustín deduce la tercera intuición, el Espíritu Santo como don, de una reflexión sobre una escena evangélica que todos conocemos y que nos atrae: el diálogo de Cristo con la samaritana junto al pozo. Jesús se revela aquí como el dador del agua viva (cf. *Jn* 4, 10), que será después explicada como el Espíritu (cf. *Jn* 7, 39; *1 Co* 12, 13). El Espíritu es «el don de Dios» (*Jn* 4, 10), la fuente interior (cf. *Jn* 4, 14), que sacia de verdad nuestra sed más profunda y nos lleva al Padre. De esta observación, Agustín concluye que el Dios que se entrega a nosotros como don es el Espíritu Santo (cf. *De Trinitate*, 15,18,32). Amigos, una vez más echamos un vistazo sobre la actividad de la Trinidad: el Espíritu Santo es Dios que se da eternamente; al igual que una fuente perenne, él se ofrece nada menos que a sí mismo. Observando este don incesante, llegamos a ver los límites de todo lo que acaba, la locura de una mentalidad consumista. En particular, empezamos a entender porqué la búsqueda de novedades nos deja insatisfechos y deseosos de algo más. ¿Acaso no estaremos buscando un don eterno? ¿La fuente que nunca se acaba? Con la Samaritana exclamamos: ¡Dame de esta agua, para que no tenga ya más sed (cf. *Jn* 4, 15)!

Queridos jóvenes, ya hemos visto que el Espíritu Santo es quien realiza la maravillosa comunión de los creyentes en Cristo Jesús. Fiel a su naturaleza de dador y de don a la vez, él actúa ahora a través de vosotros. Inspirados por las intuiciones de san Agustín, haced que el *amor unificador* sea vuestra medida, el *amor duradero* o vuestro desafío y el *amor que se entrega* vuestra misión.

Este mismo don del Espíritu Santo será mañana comunicado solemnemente a los candidatos a la Confirmación. Yo rogaré: «Llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad; y cólmalos del espíritu de tu santo temor». Estos dones del

Espíritu –cada uno de ellos, como nos recuerda san Francisco de Sales, es un modo de participar en el único amor de Dios- no son ni un premio ni un reconocimiento. Son simplemente dados (cf. *1 Co* 12, 11). Y exigen por parte de quien los recibe sólo una respuesta: «Acepto». Percibimos aquí algo del misterio profundo de lo que es ser cristiano. Lo que constituye nuestra fe no es principalmente lo que nosotros hacemos, sino lo que recibimos. Después de todo, muchas personas generosas que no son cristianas pueden hacer mucho más de lo que nosotros hacemos. Amigos, ¿aceptáis entrar en la vida trinitaria de Dios? ¿Aceptáis entrar en su comunión de amor?

Los dones del Espíritu que actúan en nosotros imprimen la dirección y definen nuestro testimonio. Los dones del Espíritu, orientados por su naturaleza a la unidad, nos vinculan todavía más estrechamente a la totalidad del Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 11), permitiéndonos edificar mejor la Iglesia, para servir así al mundo (cf. *Ef* 4, 13). Nos llaman a una participación activa y gozosa en la vida de la Iglesia, en las parroquias y en los movimientos eclesiales, en las clases de religión en la escuela, en las capellanías universitarias o en otras organizaciones católicas. Sí, la Iglesia debe crecer en unidad, debe robustecerse en la santidad, rejuvenecer y renovarse constantemente (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero ¿con qué criterios? Con los del Espíritu Santo. Volveos a él, queridos jóvenes, y descubriréis el verdadero sentido de la renovación.

Esta tarde, reunidos bajo este hermoso cielo nocturno, nuestros corazones y nuestras mentes se llenan de gratitud a Dios por el don de nuestra fe en la Trinidad. Recordemos a nuestros padres y abuelos, que han caminado a nuestro lado cuando todavía éramos niños y han sostenido nuestros primeros pasos en la fe. Ahora, después de muchos años, os habéis reunido como jóvenes adultos alrededor del Sucesor de Pedro. Me siento muy feliz de estar con vosotros. Invoquemos al Espíritu Santo: él es el autor de las obras de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 741). Dejad que sus dones os moldeen. Al igual que la Iglesia comparte el mismo camino con toda la humanidad, vosotros estáis llamados a vivir los dones del Espíritu entre los altibajos de la vida cotidiana. Madurad vuestra fe a través de vuestros estudios, el trabajo, el deporte, la música, el arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración y de ayuda para cuantos os rodean. En definitiva, la vida, no es un simple acumular, y es mucho más que el simple éxito. Estar verdaderamente vivos es ser transformados desde el interior, estar abiertos a la fuerza del amor de Dios. Si acogéis la fuerza del Espíritu

Santo, también vosotros podréis transformar vuestras familias, las comunidades y las naciones. Liberad estos dones. Que la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza, la ciencia y la piedad sean los signos de vuestra grandeza.

Y ahora, mientras nos preparamos para adorar al Santísimo Sacramento en el silencio y en la espera, os repito las palabras que pronunció la beata Mary MacKillop cuando tenía precisamente veintiséis años: «Cree en todo lo que Dios te susurra en el corazón». Creed en él. Creed en la fuerza del Espíritu de amor.

(Al final de la vigilia, el Santo Padre saludó a los jóvenes en italiano, francés, alemán, español y portugués).

Queridos jóvenes italianos, un saludo especial a todos vosotros. Custodiad la llama que el Espíritu Santo ha encendido en vuestros corazones, para que no se apague, sino que arda cada vez más y difunda luz y calor a todos aquellos con quienes os encontréis en vuestro camino, especialmente a quienes han perdido la fe y la esperanza. La Virgen María vele sobre vosotros esta noche y todos los días de vuestra vida.

Queridos jóvenes de lengua francesa, habéis venido a orar esta tarde al Espíritu Santo. Su presencia silenciosa en vuestro corazón os ayudará a comprender poco a poco el plan de Dios para vosotros. Que él os acompañe en vuestra vida diaria y os lleve a un conocimiento más profundo de Dios y de vuestro prójimo. Es él quien, en lo más íntimo de vuestro ser, os impulsa hacia la única Verdad divina y os hace vivir auténticamente como hermanos.

Queridos jóvenes de países de lengua alemana, os saludo cordialmente. El Espíritu Santo, embajador del amor de Dios, quiere habitar en vuestro corazón. Dejadle espacio en vosotros mediante la escucha de la palabra de Dios, la oración y la solidaridad con los pobres y los que sufren. Llevad a los demás el espíritu de paz y reconciliación. Dios, del que procede todo bien, realice toda obra buena que hagáis en su honor.

Queridos amigos de lengua española, el Espíritu Santo dirige nuestros pasos para seguir a Jesucristo en el mundo de hoy, que espera de los cristianos una palabra de aliento y un testimonio de vida que inviten a mirar confiadamente hacia el futuro. Os encomiendo en mis plegarias, para que respondáis generosamente a lo que el Señor os pide y a lo que todos los hombres anhelan. ¡Que Dios os bendiga!

Queridos amigos de lengua portuguesa, recibid el Espíritu Santo, para ser Iglesia. Iglesia significa estar todos unidos como un cuerpo que recibe su influjo vital de Jesús resucitado. Este don es más grande que nuestro corazón, pues brota de las entrañas de la santísima Trinidad. Fruto y condición: sentirse parte unos de otros, vivir en comunión. Por eso, queridos jóvenes, acoged en vuestro interior la fuerza de vida que hay en Jesús. Dejadlo entrar en vuestro corazón. Dejaos moldear por el Espíritu Santo.

Y ahora, mientras nos preparamos para adorar al Santísimo Sacramento en el silencio y en la espera, os repito las palabras que pronunció la beata Mary MacKillop precisamente cuando tenía veintiséis años: "Cree en todo lo que Dios te susurra en el corazón". Creed en él. Creed en la fuerza del Espíritu de amor".

Sábado, 19 de julio de 2008

Homilía en la Misa con los Obispos, con los seminaristas y con los novicios y novicias

(Catedral de Santa María, Sydney, sábado 19 de julio)

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace saludar en esta noble catedral a mis hermanos obispos y sacerdotes, a los diáconos, a los consagrados y a los laicos de la Archidiócesis de Sydney. De un modo especial dirijo mi saludo a los seminaristas y a los jóvenes religiosos que están con nosotros. Como los jóvenes israelitas de la primera lectura de hoy, ellos son un signo de esperanza y de renovación para el Pueblo de Dios; y, también como aquellos, tienen igualmente el deber de edificar la casa de Dios para las próximas generaciones. Mientras admiramos este magnífico edificio, ¿cómo no pensar en la muchedumbre de sacerdotes, religiosos y fieles laicos que, cada uno a su manera, han contribuido a construir la Iglesia en Australia? Pienso particularmente en las familias de colonos a las que el Padre Jeremías O'Flynn confió el Santísimo Sacramento en el momento de partir, un «pequeño rebaño» que tuvo en gran estima aquel tesoro precioso y lo conservó, entregándolo a las generaciones posteriores que edificaron este gran tabernáculo para gloria de Dios. Alegrémonos por su fidelidad y perseverancia, y dediquémonos a continuar sus esfuerzos por la difusión del Evangelio, la conversión de los corazones y el crecimiento de la Iglesia en la santidad, la unidad y la caridad.

Nos disponemos a celebrar la dedicación del nuevo altar de esta venerable catedral. Como nos recuerda de forma elocuente el frontal esculpido, todo altar es símbolo de Jesucristo, presente en su Iglesia como sacerdote, víctima y altar (cf. *Prefacio pascual V*). Crucificado, sepultado y resucitado de entre los muertos, devuelto a la vida en el Espíritu y sentado a la derecha del Padre, Cristo ha sido constituido nuestro Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros eternamente. En la liturgia de la Iglesia, y sobre todo en el sacrificio de la Misa ofrecido en los altares del mundo, Él nos invita, como miembros de su Cuerpo Místico, a compartir su auto-oblación. Él nos llama, como pueblo sacerdotal de la nueva y eterna Alianza, a ofrecer en unión con Él nuestros sacrificios cotidianos para la salvación del mundo.

En la liturgia de hoy, la Iglesia nos recuerda que, como este altar, también nosotros fuimos consagrados, puestos «aparte» para el servicio de Dios y la edificación de su Reino. Sin embargo, con mucha frecuencia nos encontramos inmersos en un mundo que quisiera dejar a Dios «aparte». En nombre de la libertad y la autonomía humana, se pasa en silencio sobre el nombre de Dios, la religión se reduce a devoción personal y se elude la fe en los ámbitos públicos. A veces, dicha mentalidad, tan diametralmente opuesta a la esencia del Evangelio, puede ofuscar incluso nuestra propia comprensión de la Iglesia y de su misión. También nosotros podemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a una cuestión de mero sentimiento, debilitando así su poder de inspirar una visión coherente del mundo y un diálogo riguroso con otras muchas visiones que compiten en la conquista de las mentes y los corazones de nuestros contemporáneos.

Y, sin embargo, la historia, también la de nuestro tiempo, nos demuestra que la cuestión de Dios jamás puede ser silenciada y que la indiferencia respecto a la dimensión religiosa de la existencia humana acaba disminuyendo y traicionando al hombre mismo. ¿No es quizás éste el mensaje proclamado por la maravillosa arquitectura de esta catedral? ¿No es quizás éste el misterio de la fe que se anuncia desde este altar en cada celebración de la Eucaristía? La fe nos enseña que en Cristo Jesús, Verbo encarnado, logramos comprender la grandeza de nuestra propia humanidad, el misterio de nuestra vida en la tierra y el sublime destino que nos aguarda en el cielo (cf. *Gaudium et spes* 24). La fe nos enseña también que somos criaturas de Dios, hechas a su imagen y semejanza, dotadas de una dignidad inviolable y llamadas a la vida eterna. Allí donde se empequeñece al hombre, el mundo que nos rodea queda mermado, pierde su significado último y falla su objetivo. Lo que brota de ahí es una cultura no de la vida, sino de la muerte. ¿Cómo se puede considerar a esto un «progreso»? Al contrario, es un paso atrás, una forma de retroceso, que en último término seca las fuentes mismas de la vida, tanto de las personas como de toda la sociedad.

Sabemos que al final –como vio claramente san Ignacio de Loyola– el único patrón verdadero con el cual se puede medir toda realidad humana es la Cruz y su mensaje de amor inmerecido que triunfa sobre el mal, el pecado y la muerte, que crea vida nueva y alegría perpetua. La Cruz revela que únicamente nos encontramos a nosotros mismos cuando entregamos nuestras vidas, acogemos el amor de Dios como don gratuito y actuamos para llevar a todo hombre y mujer a la belleza del amor y a la luz de la verdad que salvan al mundo.

En esta verdad –el misterio de la fe– es en la que hemos sido consagrados (cf. *Jn* 17,17-19), y en esta verdad es en la que estamos llamados a crecer, con la ayuda de la gracia de Dios, en fidelidad cotidiana a su palabra, en la comunión vivificante de la Iglesia. Y, sin embargo, qué difícil es este camino de consagración. Exige una continua «conversión», un morir sacrificial a sí mismos que es la condición para pertenecer plenamente a Dios, una transformación de la mente y del corazón que conduce a la verdadera libertad y a una nueva amplitud de miras. La liturgia de hoy nos ofrece un símbolo elocuente de aquella transformación espiritual progresiva a la que cada uno de nosotros está invitado. La aspersión del agua, la proclamación de la Palabra de Dios, la invocación de todos los Santos, la plegaria de consagración, la unción y la purificación del altar, su revestimiento de blanco y su ornato de luz, todos estos ritos nos invitan a revivir nuestra propia consagración bautismal. Nos invitan a rechazar el pecado y sus seducciones, y a beber cada vez más profundamente del manantial vivificante de la gracia de Dios.

Queridos amigos, que esta celebración, en presencia del Sucesor de Pedro, sea un momento de renovada dedicación y de renovación de toda la Iglesia en Australia. Deseo hacer aquí un inciso para reconocer la vergüenza que todos hemos sentido a causa de los abusos sexuales a menores por parte de algunos sacerdotes y religiosos de esta Nación. Verdaderamente, me siento profundamente disgustado por el dolor y el sufrimiento que han padecido las víctimas y les aseguro que, como su Pastor, también yo comparto su aflicción. Estos delitos, que constituyen una grave traición a la confianza, deben ser condenados de modo inequívoco. Éstos han provocado gran dolor y han dañado el testimonio de la Iglesia. Os pido a todos que apoyéis y ayudéis a vuestros Obispos, y que colaboréis con ellos en combatir este mal. Las víctimas deben recibir compasión y asistencia, y los responsables de estos males deben ser llevados ante la justicia. Es una prioridad urgente promover un ambiente más seguro y más sano, especialmente para los jóvenes. En estos días, marcados por la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, estamos invitados a reflexionar sobre el precioso tesoro que nos ha sido confiado en nuestros jóvenes, y cómo gran parte de la misión de la Iglesia en este País ha estado dedicada a su educación y cuidado. Mientras la Iglesia en Australia continúa con espíritu evangélico afrontando eficazmente este serio reto pastoral, me uno a vosotros en la oración para que este tiempo de purificación traiga consigo sanación, reconciliación y una fidelidad cada vez más grande a las exigencias morales del Evangelio.

Deseo ahora dirigir una especial palabra de afecto y aliento a los seminaristas y jóvenes religiosos que están aquí. Queridos amigos, con gran generosidad os estáis encaminando por una senda de especial consagración, enraizada en vuestro Bautismo y emprendida como respuesta a la llamada personal del Señor. Os habéis comprometido, de modos diversos, a aceptar la invitación de Cristo a seguirlo, a dejar todo atrás y a dedicar vuestra vida a buscar la santidad y a servir a su pueblo.

En el Evangelio de hoy el Señor nos llama a «creer en la luz» (cf. *Jn* 12,36). Estas palabras tienen un significado especial para vosotros, queridos jóvenes seminaristas y religiosos. Son una invitación a confiar en la verdad de la Palabra de Dios y a esperar firmemente en sus promesas. Nos invitan a ver con los ojos de la fe la obra inefable de su gracia a nuestro alrededor, también en estos tiempos sombríos en los que todos nuestros esfuerzos parecen ser vanos. Dejad que este altar, con la imagen imponente de Cristo, Siervo sufriente, sea una inspiración constante para vosotros. Hay ciertamente momentos en que cualquier discípulo siente el calor y el peso de la jornada (cf. *Mt* 20,12), y la dificultad para dar un testimonio profético en un mundo que puede parecer sordo a las exigencias de la Palabra de Dios. No tengáis miedo. Creed en la luz. Tomad en serio la verdad que hemos escuchado hoy en la segunda lectura: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y siempre» (*Hb* 13,8). La luz de la Pascua sigue derrotando las tinieblas.

El Señor nos llama a caminar en la luz (cf. *Jn* 12,35). Cada uno de vosotros ha emprendido la más grande y la más gloriosa de las batallas, la de ser consagrados en la verdad, la de crecer en la virtud, la de alcanzar la armonía entre pensamientos e ideales, por una parte, y palabras y obras, por otra. Adentraos con sinceridad y de modo profundo en la disciplina y en el espíritu de vuestros programas de formación. Caminad cada día en la luz de Cristo mediante la fidelidad a la oración personal y litúrgica, alimentados por la meditación de la Palabra inspirada por Dios. A los Padres de la Iglesia les gustaba ver en las Escrituras un paraíso espiritual, un jardín donde podemos caminar libremente con Dios, admirando la belleza y la armonía de su plan salvífico, mientras da fruto en nuestra propia vida, en la vida de la Iglesia y a lo largo de toda la historia. Por tanto, que la plegaria y la meditación de la Palabra de Dios sean lámpara que ilumina, purifica y guía vuestros pasos en el camino que os ha indicado el Señor. Haced de la celebración diaria de la Eucaristía el centro de vuestra vida. En cada Misa, cuando el Cuerpo y la Sangre del Señor sean alzados al final de la liturgia eucarística, elevad vuestro corazón y vuestra vida

por Cristo, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, como sacrificio amoroso a Dios nuestro Padre.

De este modo, queridos jóvenes seminaristas y religiosos, llegaréis a ser altares vivientes, sobre los cuales el amor sacrificial de Cristo se hace presente como inspiración y fuente de alimento espiritual para cuantos encontréis. Abrazando la llamada del Señor a seguirlo en castidad, pobreza y obediencia, habéis emprendido el viaje de un discipulado radical que os hará «signo de contradicción» (cf. *Lc 2,34*) para muchos de vuestros contemporáneos. Conformad cotidianamente vuestra vida a la auto-oblación amorosa del Señor mismo en obediencia a la voluntad del Padre. Así descubriréis la libertad y la alegría que pueden atraer a otros a ese Amor que va más allá de cualquier otro amor como su fuente y su cumplimiento último. No olvidéis jamás que la castidad por el Reino significa abrazar una vida completamente dedicada al amor, a un amor que os hace capaces de dedicaros vosotros mismos sin reservas al servicio de Dios, para estar plenamente presentes entre los hermanos y hermanas, especialmente entre los necesitados. Los tesoros más grandes que compartís con otros jóvenes –vuestro idealismo, la generosidad, el tiempo y las energías– son los verdaderos sacrificios que pondréis sobre el altar del Señor. Que tengáis siempre en cuenta este magnífico carisma que Dios os ha dado para su gloria y para la edificación de la Iglesia.

Queridos amigos, permitidme que concluya estas reflexiones dirigiendo vuestra atención hacia la gran vidriera del coro de esta catedral. En ella, la Virgen, Reina del Cielo, está representada sobre el trono con majestad, al lado de su divino Hijo. El artista ha representado a María como la nueva Eva, que ofrece a Cristo, nuevo Adán, una manzana. Este gesto simboliza que Ella ha invertido la desobediencia de nuestros progenitores, ofreciendo el rico fruto que la gracia de Dios ha dado en su vida y los primeros frutos de la humanidad redimida y glorificada, que Ella ha precedido en la gloria del paraíso. Pidamos a María, Auxilio de los cristianos, que sostenga a la Iglesia en Australia en la fidelidad a la gracia mediante la cual el Señor crucificado continúa atrayendo hacia sí a toda la creación y a todo corazón humano (cf. *Jn 12,32*). Que el poder del Espíritu Santo consagre a los fieles de esta tierra en la verdad, produzca abundantes frutos de santidad y de justicia para la redención del mundo y guíe a toda la humanidad hacia la plenitud de vida alrededor de aquel altar donde, en la gloria de la liturgia celestial, seremos invitados a cantar las alabanzas de Dios eternamente. Amén.

Sydney, sábado 19 de julio de 2008

Homilía en la Celebración Eucarística de Clausura de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud

(Hipódromo de Randwick, Domingo 20 de julio)

Queridos amigos:

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza» (*Hch* 1,8). Hemos visto cumplida esta promesa. En el día de Pentecostés, como hemos escuchado en la primera lectura, el Señor resucitado, sentado a la derecha del Padre, envió el Espíritu Santo a sus discípulos reunidos en el cenáculo. Por la fuerza de este Espíritu, Pedro y los Apóstoles fueron a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. En cada época y en cada lengua, la Iglesia continúa proclamando en todo el mundo las maravillas de Dios e invita a todas las naciones y pueblos a la fe, a la esperanza y a la vida nueva en Cristo.

En estos días, también yo he venido, como Sucesor de san Pedro, a esta estupenda tierra de Australia. He venido a confirmaros en vuestra fe, jóvenes hermanas y hermanos míos, y a abrir vuestros corazones al poder del Espíritu de Cristo y a la riqueza de sus dones. Oro para que esta gran asamblea, que congrega a jóvenes de «todas las naciones de la tierra» (*Hch* 2,5), se transforme en un nuevo cenáculo. Que el fuego del amor de Dios descienda y llene vuestros corazones para uniros cada vez más al Señor y a su Iglesia y enviaros, como nueva generación de Apóstoles, a llevar a Cristo al mundo.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza». Estas palabras del Señor resucitado tienen un significado especial para los jóvenes que serán confirmados, sellados con el don del Espíritu Santo, durante esta Santa Misa. Pero estas palabras están dirigidas también a cada uno de nosotros, es decir, a todos los que han recibido el don del Espíritu de reconciliación y de la vida nueva en el Bautismo, que lo han acogido en sus corazones como su ayuda y guía en la Confirmación, y que crecen cotidianamente en sus dones de gracia mediante la Santa Eucaristía. En efecto el Espíritu Santo desciende nuevamente en cada Misa, invocado en la plegaria solemne de la Iglesia, no sólo para transformar nuestros dones del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre

del Señor, sino también para transformar nuestras vidas, para hacer de nosotros, con su fuerza, «un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo».

Pero, ¿qué es este «poder» del Espíritu Santo? Es el poder de la vida de Dios. Es el poder del mismo Espíritu que se cernía sobre las aguas en el alba de la creación y que, en la plenitud de los tiempos, levantó a Jesús de la muerte. Es el poder que nos conduce, a nosotros y a nuestro mundo, hacia la llegada del Reino de Dios. En el Evangelio de hoy, Jesús anuncia que ha comenzado una nueva era, en la cual el Espíritu Santo será derramado sobre toda la humanidad (cf. *Lc 4,21*). Él mismo, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María, vino entre nosotros para traernos este Espíritu. Como fuente de nuestra vida nueva en Cristo, el Espíritu Santo es también, de un modo muy verdadero, el alma de la Iglesia, el amor que nos une al Señor y entre nosotros y la luz que abre nuestros ojos para ver las maravillas de la gracia de Dios que nos rodean.

Aquí en Australia, esta «gran tierra meridional del Espíritu Santo», todos nosotros hemos tenido una experiencia inolvidable de la presencia y del poder del Espíritu en la belleza de la naturaleza. Nuestros ojos se han abierto para ver el mundo que nos rodea como es verdaderamente: «colmado», como dice el poeta, «de la grandeza de Dios», repleto de la gloria de su amor creativo. También aquí, en esta gran asamblea de jóvenes cristianos provenientes de todo el mundo, hemos tenido una experiencia elocuente de la presencia y de la fuerza del Espíritu en la vida de la Iglesia. Hemos visto la Iglesia como es verdaderamente: Cuerpo de Cristo, comunidad viva de amor, en la que hay gente de toda raza, nación y lengua, de cualquier edad y lugar, en la unidad nacida de nuestra fe en el Señor resucitado.

La fuerza del Espíritu Santo jamás cesa de llenar de vida a la Iglesia. A través de la gracia de los Sacramentos de la Iglesia, esta fuerza fluye también en nuestro interior, como un río subterráneo que nutre el espíritu y nos atrae cada vez más cerca de la fuente de nuestra verdadera vida, que es Cristo. San Ignacio de Antioquía, que murió mártir en Roma al comienzo del siglo segundo, nos ha dejado una descripción espléndida de la fuerza del Espíritu que habita en nosotros. Él ha hablado del Espíritu como de una fuente de agua viva que surge en su corazón y susurra: «Ven, ven al Padre» (cf. *A los Romanos* 6,1-9).

Sin embargo, esta fuerza, la gracia del Espíritu Santo, no es algo que podamos merecer o conquistar; podemos sólo recibirla como puro don. El amor de Dios puede derramar su fuerza sólo cuando le permitimos cambiarnos por den-

tro. Debemos permitirle penetrar en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestro cansancio espiritual, de nuestro ciego conformismo con el espíritu de nuestro tiempo. Sólo entonces podemos permitirle encender nuestra imaginación y modelar nuestros deseos más profundos. Por esto es tan importante la oración: la plegaria cotidiana, la privada en la quietud de nuestros corazones y ante el Santísimo Sacramento, y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia. Ésta es pura receptividad de la gracia de Dios, amor en acción, comunión con el Espíritu que habita en nosotros y nos lleva, por Jesús y en la Iglesia, a nuestro Padre celestial. En la potencia de su Espíritu, Jesús está siempre presente en nuestros corazones, esperando serenamente que nos dispongamos en el silencio junto a Él para sentir su voz, permanecer en su amor y recibir «la fuerza que proviene de lo alto», una fuerza que nos permite ser sal y luz para nuestro mundo.

En su Ascensión, el Señor resucitado dijo a sus discípulos: «Seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1,8). Aquí, en Australia, damos gracias al Señor por el don de la fe, que ha llegado hasta nosotros como un tesoro transmitido de generación en generación en la comunión de la Iglesia. Aquí, en Oceanía, damos gracias de un modo especial a todos aquellos misioneros, sacerdotes y religiosos comprometidos, padres y abuelos cristianos, maestros y catequistas, que han edificado la Iglesia en estas tierras. Testigos como la Beata Mary Mackillop, San Peter Chanel, el Beato Peter To Rot y muchos otros. La fuerza del Espíritu, manifestada en sus vidas, está todavía activa en las iniciativas benéficas que han dejado en la sociedad que han plasmado y que ahora se os confía a vosotros.

Queridos jóvenes, permitidme que os haga una pregunta. ¿Qué dejaréis vosotros a la próxima generación? ¿Estáis construyendo vuestras vidas sobre bases sólidas? ¿Estáis construyendo algo que durará? ¿Estáis viviendo vuestras vidas de modo que dejéis espacio al Espíritu en un mundo que quiere olvidar a Dios, rechazarlo incluso en nombre de un falso concepto de libertad? ¿Cómo estáis usando los dones que se os han dado, la «fuerza» que el Espíritu Santo está ahora dispuesto a derramar sobre vosotros? ¿Qué herencia dejaréis a los jóvenes que os sucederán? ¿Qué os distinguirá?

La fuerza del Espíritu Santo no sólo nos ilumina y nos consuela. Nos encamina hacia el futuro, hacia la venida del Reino de Dios. ¡Qué visión magnífica de una humanidad redimida y renovada descubrimos en la nueva era prometida por el Evangelio de hoy! San Lucas nos dice que Jesucristo es el cumpli-

miento de todas las promesas de Dios, el Mesías que posee en plenitud el Espíritu Santo para comunicarlo a la humanidad entera. La efusión del Espíritu de Cristo sobre la humanidad es prenda de esperanza y de liberación contra todo aquello que nos empobrece. Dicha efusión ofrece de nuevo la vista al ciego, libera a los oprimidos y genera unidad en y con la diversidad (cf. *Lc* 4,18-19; *Is* 61,1-2). Esta fuerza puede crear un mundo nuevo: puede «renovar la faz de la tierra» (cf. *Sal* 104,30).

Fortalecida por el Espíritu y provista de una rica visión de fe, una nueva generación de cristianos está invitada a contribuir a la edificación de un mundo en el que la vida sea acogida, respetada y cuidada amorosamente, no rechazada o temida como una amenaza y por ello destruida. Una nueva era en la que el amor no sea ambicioso ni egoísta, sino puro, fiel y sinceramente libre, abierto a los otros, respetuoso de su dignidad, un amor que promueva su bien e irradie gozo y belleza. Una nueva era en la cual la esperanza nos libere de la superficialidad, de la apatía y el egoísmo que degrada nuestras almas y envenena las relaciones humanas. Queridos jóvenes amigos, el Señor os está pidiendo ser profetas de esta nueva era, mensajeros de su amor, capaces de atraer a la gente hacia el Padre y de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad.

El mundo tiene necesidad de esta renovación. En muchas de nuestras sociedades, junto a la prosperidad material, se está expandiendo el desierto espiritual: un vacío interior, un miedo indefinible, un larvado sentido de desesperación. ¿Cuántos de nuestros semejantes han cavado aljibes agrietados y vacíos (cf. *Jr* 2,13) en una búsqueda desesperada de significado, de ese significado último que sólo puede ofrecer el amor? Éste es el don grande y liberador que el Evangelio lleva consigo: él revela nuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. Revela la llamada sublime de la humanidad, que es la de encontrar la propia plenitud en el amor. Él revela la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la vida.

También la Iglesia tiene necesidad de renovación. Tiene necesidad de vuestra fe, vuestro idealismo y vuestra generosidad, para poder ser siempre joven en el Espíritu (cf. *Lumen gentium*, 4). En la segunda lectura de hoy, el apóstol Pablo nos recuerda que cada cristiano ha recibido un don que debe ser usado para edificar el Cuerpo de Cristo. La Iglesia tiene especialmente necesidad del don de los jóvenes, de todos los jóvenes. Tiene necesidad de crecer en la fuerza del Espíritu que también ahora os infunde gozo a vosotros, jóvenes,

y os anima a servir al Señor con alegría. Abrid vuestro corazón a esta fuerza. Dirijo esta invitación de modo especial a los que el Señor llama a la vida sacerdotal y consagrada. No tengáis miedo de decir vuestro «sí» a Jesús, de encontrar vuestra alegría en hacer su voluntad, entregándoos completamente para llegar a la santidad y haciendo uso de vuestros talentos al servicio de los otros.

Dentro de poco celebraremos el sacramento de la Confirmación. El Espíritu Santo descenderá sobre los candidatos; ellos serán «sellados» con el don del Espíritu y enviados para ser testigos de Cristo. ¿Qué significa recibir la «sello» del Espíritu Santo? Significa ser marcados indeleblemente, inalterablemente cambiados, significa ser nuevas criaturas. Para los que han recibido este don, ya nada puede ser lo mismo. Estar «bautizados» en el Espíritu significa estar enardecidos por el amor de Dios. Haber «bebido» del Espíritu (cf. *1 Co* 12,13) significa haber sido refrescados por la belleza del designio de Dios para nosotros y para el mundo, y llegar a ser nosotros mismos una fuente de frescor para los otros. Ser «sellados con el Espíritu» significa además no tener miedo de defender a Cristo, dejando que la verdad del Evangelio impregne nuestro modo de ver, pensar y actuar, mientras trabajamos por el triunfo de la civilización del amor.

Al elevar nuestra oración por los confirmandos, pedimos también que la fuerza del Espíritu Santo reavive la gracia de la Confirmación de cada uno de nosotros. Que el Espíritu derrame sus dones abundantemente sobre todos los presentes, sobre la ciudad de Sydney, sobre esta tierra de Australia y sobre todas sus gentes. Que cada uno de nosotros sea renovado en el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, espíritu de admiración y santo temor de Dios.

Que por la amorosa intercesión de María, Madre de la Iglesia, esta XXIII Jornada Mundial de la Juventud sea vivida como un nuevo cenáculo, de forma que todos nosotros, enardecidos con el fuego del amor del Espíritu Santo, continuemos proclamando al Señor resucitado y atrayendo a cada corazón hacia Él. Amén.

(El Santo Padre, después de la homilía, dirigió saludos a los jóvenes en italiano, francés, alemán, español y portugués).

Saludo de corazón a los jóvenes de lengua italiana y extendiendo mi saludo afectuoso a todos los que son originarios de Italia y viven en Australia. Al final de esta extraordinaria experiencia de Iglesia, que nos ha hecho vivir un reno-

vado Pentecostés, volved a casa robustecidos con la fuerza del Espíritu Santo. Sed testigos de Cristo resucitado, esperanza de los jóvenes y de toda la familia humana.

Queridos jóvenes de lengua francesa, el Espíritu Santo es la fuente del mensaje de Jesucristo y de su acción salvífica. Habla al corazón con un lenguaje que cada uno comprende. La variedad de dones del Espíritu Santo os hace comprender la riqueza de gracias que hay en Dios. Ojalá que os abráis a su soplo. Permitid su acción en vosotros y en vuestro entorno. Así viviréis en Dios y testimoniareis que Cristo es el Salvador que espera el mundo.

Queridos jóvenes de lengua alemana, también a vosotros os saludo con afecto. El Espíritu Santo es Espíritu de comunión y fuente de comprensión y comunicación. Hablad a los demás de vuestras esperanzas y de vuestros ideales; hablad de Dios y con Dios. El hombre que vive en el amor a Dios y en el amor al prójimo es feliz. Que el Espíritu de Dios os guíe por la senda de la paz.

Queridos jóvenes de lengua española, en Cristo se cumplen todas las promesas de salvación verdadera para la humanidad. Él tiene para cada uno de vosotros un proyecto de amor en el que se encuentra el sentido y la plenitud de la vida, y espera de todos vosotros que hagáis fructificar los dones que os ha dado, siendo sus testigos de palabra y con el propio ejemplo. No lo defraudéis.

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, queridos amigos en Cristo, ya sabéis que Jesús no os deja solos. Dijo: "Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad (...) Vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros y en vosotros está" (*Jn 14, 16-17*). Es verdad. Sobre vosotros ha bajado una lengua de fuego de Pentecostés: es vuestro sello de cristianos. Pero no debéis guardarlo sólo para vosotros, pues "a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (*1 Co 12, 7*). Llevad este fuego santo a todos los rincones de la tierra. Nada ni nadie lo podrá apagar, pues ha bajado del cielo. Esta es vuestra fuerza, queridos jóvenes amigos. Por eso, vivid del Espíritu y para el Espíritu.

Randwick, Domingo 20 de julio de 2008

Homilía en la Inauguración del Año Paulino

(En la celebración de las Vísperas, Basílica de San Pablo Extramuros)

Santidad y delegados fraternos;

Señores cardenales;

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;

queridos hermanos y hermanas:

Estamos reunidos junto a la tumba de san Pablo, que nació, hace dos mil años, en Tarso de Cilicia, en la actual Turquía. ¿Quién era este Pablo? En el templo de Jerusalén, ante la multitud agitada que quería matarlo, se presenta a sí mismo con estas palabras: "Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad (Jerusalén), instruido a los pies de Gamaliel en la estricta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios..." (*Hch* 22, 3). Al final de su camino, dirá de sí mismo: "Yo he sido constituido... maestro de los gentiles en la fe y en la verdad" (*1 Tm* 2, 7; cf. *2 Tm* 1, 11).

Maestro de los gentiles, apóstol y heraldo de Jesucristo: así se define a sí mismo con una mirada retrospectiva al itinerario de su vida. Pero su mirada no se dirige solamente al pasado. "Maestro de los gentiles": esta expresión se abre al futuro, a todos los pueblos y a todas las generaciones. San Pablo no es para nosotros una figura del pasado, que recordamos con veneración. También para nosotros es maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo.

Por tanto, no estamos reunidos para reflexionar sobre una historia pasada, irrevocablemente superada. San Pablo quiere hablar con nosotros hoy. Por eso he querido convocar este "Año paulino" especial: para escucharlo y aprender ahora de él, como nuestro maestro, "la fe y la verdad" en las que se arraigan las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo. En esta perspectiva he querido encender, para este bimilenario del nacimiento del Apóstol, una "llama paulina" especial, que permanecerá encendida durante todo el año en un brasero particular puesto en el atrio de cuatro pórticos de la basílica.

Para solemnizar este acontecimiento he inaugurado también la así llamada "puerta paulina", por la que he entrado en la basílica acompañado por el Patriarca de Constantinopla, por el cardenal arcipreste y por otras autoridades religiosas. Para mí es motivo de íntima alegría que la inauguración del "Año

paulino" asuma un carácter ecuménico peculiar por la presencia de numerosos delegados y representantes de otras Iglesias y comunidades eclesiales, a quienes acojo con corazón abierto.

Saludo en primer lugar a Su Santidad el Patriarca Bartolomé I y a los miembros de la delegación que lo acompaña, así como al numeroso grupo de laicos que desde varias partes del mundo han venido a Roma para vivir con él y con todos nosotros estos momentos de oración y de reflexión. Saludo a los delegados fraternos de las Iglesias que tienen un vínculo particular con el apóstol san Pablo -Jerusalén, Antioquía, Chipre y Grecia- y forman el ambiente geográfico de la vida del Apóstol antes de su llegada a Roma. Saludo cordialmente a los hermanos de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales de Oriente y Occidente, así como a todos vosotros que habéis querido participar en este solemne inicio del "Año" dedicado al Apóstol de los gentiles.

Por consiguiente, estamos aquí reunidos para interrogarnos sobre el gran Apóstol de los gentiles. No sólo nos preguntamos: ¿Quién era san Pablo? Sobre todo nos preguntamos: ¿Quién es san Pablo? ¿Qué me dice a mí? En esta hora, al inicio del "Año paulino" que estamos inaugurando, quiero elegir del rico testimonio del Nuevo Testamento tres textos en los que se manifiesta su fisonomía interior, lo específico de su carácter.

En la *carta a los Gálatas* nos dio una profesión de fe muy personal, en la que abre su corazón ante los lectores de todos los tiempos y revela cuál es la motivación más íntima de su vida. "Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (*Ga 2, 20*). Todo lo que hace san Pablo parte de este centro. Su fe es la experiencia de ser amado por Jesucristo de un modo totalmente personal; es la conciencia de que Cristo no afrontó la muerte por algo anónimo, sino por amor a él -a san Pablo-, y que, como Resucitado, lo sigue amando, es decir, que Cristo se entregó por él. Su fe consiste en ser conquistado por el amor de Jesucristo, un amor que lo conmueve en lo más íntimo y lo transforma. Su fe no es una teoría, una opinión sobre Dios y sobre el mundo. Su fe es el impacto del amor de Dios en su corazón. Y así esta misma fe es amor a Jesucristo.

Muchos presentan a san Pablo como un hombre combativo que sabe usar la espada de la palabra. De hecho, en su camino de apóstol no faltaron las disputas. No buscó una armonía superficial. En la primera de sus *Cartas*, la que dirigió a los *Tesalonicenses* él mismo dice: "Tuvimos la valentía de predicaros

el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas... Como sabéis, nunca nos presentamos con palabras aduladoras" (1 Ts 2, 2. 5).

Para él la verdad era demasiado grande como para estar dispuesto a sacrificarla en aras de un éxito externo. Para él, la verdad que había experimentado en el encuentro con el Resucitado bien merecía la lucha, la persecución y el sufrimiento. Pero lo que lo motivaba en lo más profundo era el hecho de ser amado por Jesucristo y el deseo de transmitir a los demás este amor. San Pablo era un hombre capaz de amar, y todo su obrar y sufrir sólo se explican a partir de este centro. Los conceptos fundamentales de su anuncio únicamente se comprenden sobre esta base.

Tomemos solamente una de sus palabras-clave: la libertad. La experiencia de ser amado hasta el fondo por Cristo le había abierto los ojos sobre la verdad y sobre el camino de la existencia humana; aquella experiencia lo abarcaba todo. San Pablo era libre como hombre amado por Dios que, en virtud de Dios, era capaz de amar juntamente con él. Este amor es ahora la "ley" de su vida, y precisamente así es la libertad de su vida. Habla y actúa movido por la responsabilidad del amor. Libertad y responsabilidad están aquí inseparablemente unidas. Por estar en la responsabilidad del amor, es libre; por ser alguien que ama, vive totalmente en la responsabilidad de este amor y no considera la libertad como un pretexto para el arbitrio y el egoísmo.

Con ese mismo espíritu san Agustín formuló la frase que luego se hizo famosa: "*Dilige et quod vis fac*" (Tract. In 1 Jo 7, 7-8), "Ama y haz lo que quieras". Quien ama a Cristo como lo amaba san Pablo, verdaderamente puede hacer lo que quiera, porque su amor está unido a la voluntad de Cristo y, de este modo, a la voluntad de Dios; porque su voluntad está anclada en la verdad y porque su voluntad ya no es simplemente su voluntad, arbitrio del yo autónomo, sino que está integrada en la libertad de Dios y de ella recibe el camino por recorrer.

En la búsqueda de la fisonomía interior de san Pablo quisiera recordar, en segundo lugar, las palabras que Cristo resucitado le dirigió en el camino de Damasco. Primero el Señor le dice: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Ante la pregunta: "¿Quién eres, Señor?", recibe como respuesta: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues" (Hch 9, 4 s). Persiguiendo a la Iglesia, Pablo perseguía a Jesús mismo. "Tú me persigues". Jesús se identifica con la Iglesia en un solo sujeto.

En el fondo, en esta exclamación del Resucitado, que transformó la vida de Saulo, se halla contenida toda la doctrina sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Cristo no se retiró al cielo, dejando en la tierra una multitud de seguidores que llevan adelante "su causa". La Iglesia no es una asociación que quiere promover cierta causa. En ella no se trata de una causa. En ella se trata de la persona de Jesucristo, que también como Resucitado sigue siendo "carne". Tiene "carne y huesos" (*Lc 24, 39*), como afirma en *el evangelio de san Lucas* el Resucitado ante los discípulos que creían que era un espíritu. Tiene un cuerpo.

Está presente personalmente en su Iglesia; "Cabeza y Cuerpo" forman un único sujeto, dirá san Agustín. "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?", escribe san Pablo a los Corintios (*1 Co 6, 15*). Y añade: del mismo modo que, según el *libro del Génesis* el hombre y la mujer llegan a ser una sola carne, así también Cristo con los suyos se convierte en un solo espíritu, es decir, en un único sujeto en el mundo nuevo de la resurrección (cf. *1 Co 6, 16 ss*).

En todo esto se refleja el misterio eucarístico, en el que Cristo entrega continuamente su Cuerpo y hace de nosotros su Cuerpo: "El pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (*1 Co 10, 16-17*).

En esta hora, no sólo san Pablo, sino también el Señor mismo se dirige a nosotros con estas palabras: ¿Cómo habéis podido desgarrar mi Cuerpo? Ante el rostro de Cristo, estas palabras se transforman al mismo tiempo en una petición urgente: condúcenos nuevamente a la unidad desde todas las divisiones. Haz que hoy sea de nuevo realidad: Hay un solo pan, por eso nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo.

Para san Pablo, las palabras sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo no son una comparación cualquiera. Van más allá de una comparación. "¿Por qué *me* persigues?". Cristo nos atrae continuamente dentro de su Cuerpo, edifica su Cuerpo a partir del centro eucarístico, que para san Pablo es el centro de la existencia cristiana, en virtud del cual todos y cada uno podemos experimentar de un modo totalmente personal: él *me* ha amado y se ha entregado por *mí*.

Concluyo con unas de las últimas palabras de san Pablo, una exhortación a Timoteo desde la cárcel, poco antes de su muerte: "Soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio", dice el Apóstol a su discípulo (*2 Tm 1, 8*). Estas pala-

bras, escritas por el Apóstol como un testamento al final de su camino, remiten al inicio de su misión. Mientras Pablo, después de su encuentro con el Resucitado, estaba ciego en su casa de Damasco, Ananías recibió la orden de ir a visitar al temido perseguidor e imponerle las manos para devolverle la vista. Ante la objeción de que Saulo era un perseguidor peligroso de los cristianos, Ananías recibió como respuesta: Este hombre debe llevar mi nombre ante los pueblos y los reyes. "Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre" (*Hch* 9, 16).

El encargo del anuncio y la llamada al sufrimiento por Cristo están inseparablemente unidos. La llamada a ser maestro de los gentiles es al mismo tiempo e intrínsecamente una llamada al sufrimiento en la comunión con Cristo, que nos ha redimido mediante su Pasión. En un mundo en el que la mentira es poderosa, la verdad se paga con el sufrimiento. Quien quiera evitar el sufrimiento, mantenerlo lejos de sí, mantiene lejos la vida misma y su grandeza; no puede ser servidor de la verdad, y así servidor de la fe.

No hay amor sin sufrimiento, sin el sufrimiento de la renuncia a sí mismos, de la transformación y purificación del yo por la verdadera libertad. Donde no hay nada por lo que valga la pena sufrir, incluso la vida misma pierde su valor. La Eucaristía, el centro de nuestro ser cristianos, se funda en el sacrificio de Jesús por nosotros, nació del sufrimiento del amor, que en la cruz alcanzó su culmen. Nosotros vivimos de este amor que se entrega. Este amor nos da la valentía y la fuerza para sufrir con Cristo y por él en este mundo, sabiendo que precisamente así nuestra vida se hace grande, madura y verdadera.

A la luz de todas las cartas de san Pablo, vemos cómo se cumplió en su camino de maestro de los gentiles la profecía hecha a Ananías en la hora de la llamada: "Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre". Su sufrimiento lo hace creíble como maestro de verdad, que no busca su propio interés, su propia gloria, su propia satisfacción personal, sino que se compromete por Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por todos nosotros.

En esta hora damos gracias al Señor porque llamó a san Pablo, transformándolo en luz de los gentiles y maestro de todos nosotros, y le pedimos: Concédenos también hoy testigos de la Resurrección, conquistados por tu amor y capaces de llevar la luz del Evangelio a nuestro tiempo. San Pablo, ruega por nosotros. Amén.

Roma, sábado 28 de junio de 2008

Jornada Mundial de las Misiones 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la Jornada mundial de las misiones quiero invitaros a reflexionar sobre la urgencia persistente de anunciar el Evangelio también en nuestro tiempo. El mandato misionero sigue siendo una prioridad absoluta para todos los bautizados, llamados a ser "siervos y apóstoles de Cristo Jesús" en este inicio de milenio. Mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, afirmó que "evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda" (n. 14).

Como modelo de este compromiso apostólico, deseo indicar de manera particular a san Pablo, el Apóstol de los gentiles, pues este año celebramos un jubileo especial dedicado a él. Es el Año paulino, que nos brinda la oportunidad de familiarizarnos con este insigne Apóstol, que recibió la vocación de proclamar el Evangelio a los gentiles, según lo que el Señor le había anunciado: "Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles" (*Hch* 22, 21). ¿Cómo no aprovechar la oportunidad que este jubileo especial ofrece a las Iglesias locales, a las comunidades cristianas y a cada uno de los fieles, para propagar hasta los últimos confines del mundo el anuncio del Evangelio, "fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree?" (*Rm* 1, 16).

1. La humanidad necesita liberación

La humanidad necesita ser liberada y redimida. La creación misma —dice san Pablo— sufre y alberga la esperanza de entrar en la libertad de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 19-22). Estas palabras son verdaderas también en el mundo de hoy. La creación sufre. La humanidad sufre y espera la verdadera libertad, espera un mundo diferente, mejor; espera la "redención". Y, en el fondo, sabe que este mundo nuevo esperado supone un hombre nuevo, supone "hijos de Dios". Veamos más de cerca la situación del mundo de hoy.

El panorama internacional, por una parte, presenta perspectivas prometedoras de desarrollo económico y social; y, por otra, ofrece a nuestra atención algunas fuertes preocupaciones por lo que se refiere al futuro mismo del hombre. En no pocos casos, la violencia marca las relaciones entre las personas y entre los pueblos; la pobreza oprime a millones de habitantes; las discrimina-

ciones e incluso las persecuciones por motivos raciales, culturales y religiosos obligan a muchas personas a huir de sus países para buscar refugio y protección en otros lugares; cuando el progreso tecnológico no tiene como fin la dignidad y el bien del hombre, ni está ordenado a un desarrollo solidario, pierde su fuerza de factor de esperanza, y corre el peligro de acentuar los desequilibrios y las injusticias ya existentes. Existe, además, una amenaza constante por lo que se refiere a la relación hombre-ambiente, debido al uso indiscriminado de los recursos, con repercusiones también sobre la salud física y mental del ser humano. El futuro del hombre corre peligro debido a los atentados contra su vida, atentados que asumen varias formas y modos.

Ante este escenario, "agitados entre la esperanza y la angustia, nos atormenta la inquietud" (*Gaudium et spes* 4), y nos preguntamos preocupados: ¿qué será de la humanidad y de la creación? ¿Hay esperanza para el futuro?, o mejor, ¿hay un futuro para la humanidad? ¿Y cómo será este futuro? A los creyentes la respuesta a estos interrogantes nos viene del Evangelio. Cristo es nuestro futuro y, como escribí en la carta encíclica *Spe salvi* su Evangelio es comunicación que "cambia la vida", da la esperanza, abre de par en par la puerta oscura del tiempo e ilumina el futuro de la humanidad y del universo (cf. n. 2).

San Pablo había comprendido muy bien que sólo en Cristo la humanidad puede encontrar redención y esperanza. Por ello, sentía apremiante y urgente la misión de "anunciar la promesa de la vida en Cristo Jesús" (2 *Tm* 1, 1), "nuestra esperanza" (1 *Tm*, 1, 1), para que todas las gentes pudieran compartir la misma herencia, siendo partícipes de la promesa por medio del Evangelio (cf. *Ef* 3, 6). Era consciente de que la humanidad, privada de Cristo, está "sin esperanza y sin Dios en el mundo" (*Ef* 2, 12); "sin esperanza, por estar sin Dios" (cf. *Spe salvi* 3). Efectivamente, "quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2, 12)" (ib., 27).

2. La misión es cuestión de amor

Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico. "¡Ay de mí —afirmaba san Pablo— si no predicara el Evangelio! (1 *Co* 9, 16). En el camino de Damasco había experimentado y comprendido que la redención y la misión son obra de Dios y de su amor. El amor a Cristo lo impulsó a recorrer los caminos del Imperio romano como heraldo, apóstol, pregonero y maestro del Evangelio, del que se proclamaba "embajador entre cade-

nas" (Ef 6, 20). La caridad divina lo llevó a hacerse "todo a todos para salvar a toda costa a algunos" (1 Co 9, 22).

Contemplando la experiencia de san Pablo, comprendemos que la actividad misionera es respuesta al amor con el que Dios nos ama. Su amor nos redime y nos impulsa a la *missio ad gentes*; es la energía espiritual capaz de hacer crecer en la familia humana la armonía, la justicia, la comunión entre las personas, las razas y los pueblos, a la que todos aspiran (cf. *Deus caritas est*, 12). Por tanto, Dios, que es Amor, es quien conduce a la Iglesia hacia las fronteras de la humanidad, quien llama a los evangelizadores a beber "de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios" (*Deus caritas est* 7). Solamente de esta fuente se pueden sacar la atención, la ternura, la compasión, la acogida, la disponibilidad, el interés por los problemas de la gente y las demás virtudes que necesitan los mensajeros del Evangelio para dejarlo todo y dedicarse completa e incondicionalmente a difundir por el mundo el perfume de la caridad de Cristo.

3. ***Evangelizar siempre***

Mientras continúa siendo necesaria y urgente la primera evangelización en no pocas regiones del mundo, la escasez de clero y la falta de vocaciones afectan hoy a muchas diócesis e institutos de vida consagrada. Es importante reafirmar que, aun en medio de dificultades crecientes, el mandato de Cristo de evangelizar a todas las gentes sigue siendo una prioridad. Ninguna razón puede justificar una ralentización o un estancamiento, porque "la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia" (*Evangelii nuntiandi*, 14). Esta misión "se halla todavía en los comienzos y debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio" (*Redemptoris missio* 1). ¿Cómo no pensar aquí en el macedonio que, apareciéndose en sueños a san Pablo, gritaba: "Pasa a Macedonia y ayúdanos"? Hoy son innumerables los que esperan el anuncio del Evangelio, los que se encuentran sedientos de esperanza y de amor. ¡Cuántos se dejan interpelar hasta lo más profundo por esta petición de ayuda que se eleva de la humanidad, dejan todo por Cristo y transmiten a los hombres la fe y el amor a él! (cf. *Spe salvi* 8)

4. ***¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!*** (1 Co 9, 16)

Queridos hermanos y hermanas, "*duc in altum!*". Entremos mar adentro en el vasto mar del mundo y, siguiendo la invitación de Jesús, echemos sin

miedo las redes, confiando en su constante ayuda. San Pablo nos recuerda que predicar el Evangelio no es motivo de gloria (cf. *1 Co* 9, 16), sino deber y gozo. Queridos hermanos obispos, siguiendo el ejemplo de san Pablo, cada uno ha de sentirse "prisionero de Cristo para los gentiles" (*Ef* 3, 1), sabiendo que en las dificultades y en las pruebas podrá contar con la fuerza que procede de él. El obispo no sólo es consagrado para su diócesis, sino para la salvación de todo el mundo (cf. *Redemptoris missio* 63). Como el apóstol san Pablo, está llamado a preocuparse de las personas lejanas que todavía no conocen a Cristo, o que todavía no han experimentado su amor, que libera; ha de esforzarse por hacer que toda la comunidad diocesana sea misionera, contribuyendo de buen grado, según las posibilidades, a enviar presbíteros y laicos a otras iglesias para el servicio de evangelización. La *missio ad gentes* se convierte así en el principio unificador y convergente de toda su actividad pastoral y caritativa.

Vosotros, queridos presbíteros, los primeros colaboradores de los obispos, sed pastores generosos y evangelizadores entusiastas. No pocos de vosotros, en estos decenios, os habéis desplazado a territorios de misión como respuesta a la encíclica *Fidei donum*, de la que hace poco hemos conmemorado el 50° aniversario, y con la cual mi venerado predecesor el siervo de Dios Pío XII impulsó la cooperación entre las Iglesias. Confío en que no disminuya esta tensión misionera en las Iglesias locales, a pesar de la escasez de clero que aflige a no pocas de ellas.

Y vosotros, queridos religiosos y religiosas, que por vocación os caracterizáis por una fuerte connotación misionera, llevad el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los lejanos, por medio de un testimonio coherente de Cristo y un radical seguimiento de su Evangelio.

Todos vosotros, queridos fieles laicos, que trabajáis en los diferentes ámbitos de la sociedad, estáis llamados a participar, de manera cada vez más relevante, en la difusión del Evangelio. Así, se abre ante vosotros un areópago complejo y multiforme que hay que evangelizar: el mundo. Sed testigos con vuestra vida de que los cristianos "pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación" (*Spe salvi* 4).

Conclusión

Queridos hermanos y hermanas, que la celebración de la *Jornada mundial de las misiones* os anime a todos a tomar cada vez mayor conciencia de la urgente necesidad de anunciar el Evangelio. No puedo menos de subrayar con

vivo aprecio la aportación de las Obras misionales pontificias en la acción evangelizadora de la Iglesia. Les doy las gracias por el apoyo que brindan a todas las comunidades, especialmente a las jóvenes. Esas Obras son un instrumento válido para animar y formar en el espíritu misionero al pueblo de Dios, y alimentan la comunión de bienes y de personas entre las diferentes partes del Cuerpo místico de Cristo. Que la colecta, que se hace en todas las parroquias durante la Jornada mundial de las misiones, sea signo de comunión y de solidaridad recíproca entre las Iglesias.

Por último, es preciso que en el pueblo cristiano se intensifique cada vez más la oración, medio espiritual indispensable para difundir entre todos los pueblos la luz de Cristo, "luz por antonomasia", que ilumina "las tinieblas de la historia" (*ib.*, 49). A la vez que encomiendo al Señor el trabajo apostólico de los misioneros, de las Iglesias esparcidas por el mundo y de los fieles comprometidos en diferentes actividades misioneras, invocando la intercesión del apóstol san Pablo y de María santísima, "el Arca viviente de la Alianza", Estrella de la evangelización y de la esperanza, imparto a todos la bendición apostólica.

Vaticano, 11 de mayo de 2008

Benedictus PP XVI

Sagrada Congregación para el Clero

Carta del Prefecto con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes

Reverendos y queridos hermanos en el sacerdocio:

En la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, con una mirada incesante de amor, fijamos los ojos de nuestra mente y de nuestro corazón en Cristo, único Salvador de nuestra vida y del mundo. Remitirnos a Cristo significa remitirnos a aquel Rostro que todo hombre, consciente o inconscientemente, busca como única respuesta adecuada a su insuprimible sed de felicidad.

Nosotros ya encontramos este Rostro y, en aquel día, en aquel instante, su amor *hirió* de tal manera nuestro corazón, que no pudimos menos de pedir estar incesantemente en su presencia. "Por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando" (*Sal* 5).

La sagrada liturgia nos lleva a contemplar una vez más el misterio de la encarnación del Verbo, origen y realidad íntima de esta compañía que es la Iglesia: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se revela en Jesucristo. "Nadie habría podido ver su gloria si antes no hubiera sido curado por la humildad de la carne. Quedaste cegado por el polvo, y con el polvo has sido curado: la carne te había cegado, la carne te cura" (san Agustín, *Comentario al Evangelio de san Juan, Homilía* 2, 16).

Sólo contemplando de nuevo la perfecta y fascinante humanidad de Jesucristo, vivo y operante ahora, que se nos ha revelado y que sigue inclinándose sobre cada uno con el amor de total predilección que le es propio, se puede dejar que él ilumine y colme ese *abismo* de necesidad que es nuestra humanidad, con la certeza de la esperanza encontrada, y con la seguridad de la Misericordia que abarca nuestros límites, enseñándonos a perdonar lo que de nosotros mismos ni siquiera lográbamos descubrir. "Una sima grita a otra sima con voz de cascadas" (*Sal* 41).

Con ocasión de la tradicional Jornada de oración por la santificación de los sacerdotes, que se celebra en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, quiero recordar la *prioridad de la oración* con respecto a la acción, en cuanto

que de ella depende la eficacia del obrar. De la relación personal de cada uno con el Señor Jesús depende en gran medida la misión de la Iglesia. Por tanto, la misión debe alimentarse con la oración: "Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo" (*Deus caritas est*, 37). No nos cansemos de acudir a su misericordia, de dejarle mirar y curar las llagas dolorosas de nuestro pecado para asombrarnos ante el milagro renovado de nuestra humanidad redimida.

Queridos hermanos en el sacerdocio, somos los expertos de la misericordia de Dios en nosotros y, sólo así, sus instrumentos al abrazar, de modo siempre nuevo, la humanidad herida. "Cristo no nos salva *de* nuestra humanidad, sino *a través de* ella; no nos salva *del* mundo, sino que ha venido *al* mundo para que el mundo se salve por medio de él (cf. *Jn* 3, 17)" (*Mensaje "urbi et orbi"*, 25 de diciembre de 2006; *L'Osservatore Romano* edición en lengua española, 29 de diciembre de 2006, p. 20). Somos, por último, presbíteros por el sacramento del Orden, el acto más elevado de la Misericordia de Dios y a la vez de su predilección.

En segundo lugar, en la insuprimible y profunda sed de él, la dimensión más auténtica de nuestro sacerdocio es la *mendicidad*: la petición sencilla y continua; se aprende en la oración silenciosa, que siempre ha caracterizado la vida de los santos; hay que pedirla con insistencia. Esta conciencia de la relación con él se ve sometida diariamente a la purificación de la prueba. Cada día caemos de nuevo en la cuenta de que este drama también nos afecta a nosotros, ministros que actuamos *in persona Christi capitis*. No podemos vivir un solo instante en su presencia sin el dulce anhelo de reconocerlo, conocerlo y adherirnos más a él. No cedamos a la tentación de mirar nuestro ser sacerdotes como una carga inevitable e indelegable, ya asumida, que se puede cumplir "mecánicamente", tal vez con un programa pastoral articulado y coherente. El sacerdocio es la vocación, el camino, el modo a través del cual Cristo nos salva, con el que nos ha llamado, y nos sigue llamando ahora, a vivir con él.

La única medida adecuada, ante nuestra santa vocación, es la *radicalidad*. Esta entrega total, con plena conciencia de nuestra infidelidad, sólo puede llevarse a cabo como una decisión renovada y orante que luego Cristo realiza día tras día. Incluso el don del celibato sacerdotal se ha de acoger y vivir en esta dimensión de radicalidad y de plena configuración con Cristo. Cualquier otra postura, con respecto a la realidad de la relación con él, corre el peligro de ser ideológica.

Incluso la cantidad de trabajo, a veces enorme, que las actuales condiciones del ministerio nos exigen llevar a cabo, lejos de desalentarnos, debe impulsarnos a cuidar con mayor atención aún nuestra identidad sacerdotal, la cual tiene una raíz ciertamente divina. En este sentido, con una lógica opuesta a la del mundo, precisamente las condiciones peculiares del ministerio nos deben impulsar a "elevar el tono" de nuestra vida espiritual, testimoniando con mayor convicción y eficacia nuestra pertenencia exclusiva al Señor.

Él, que nos ha amado primero, nos ha educado para la entrega total. "Salí al encuentro de quien me buscaba. Dije: "Heme aquí" a quien invocaba mi nombre". El lugar de la totalidad por excelencia es la Eucaristía, pues "en la Eucaristía Jesús no da "algo", sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino" (*Sacramentum caritatis* , 7).

Queridos hermanos, seamos fieles a la *celebración diaria de la santísima Eucaristía* , no sólo para cumplir un compromiso pastoral o una exigencia de la comunidad que nos ha sido encomendada, sino por la absoluta necesidad personal que sentimos, como la respiración, como la luz para nuestra vida, como la única razón adecuada a una existencia presbiteral plena.

El Santo Padre, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (n. 66), nos vuelve a proponer con fuerza la afirmación de san Agustín: "Nadie come de esta carne sin antes adorarla (...), pecaríamos si no la adoráramos" (*Enarrationes in Psalmos* 98, 9). No podemos vivir, no podemos conocer la verdad sobre nosotros mismos, sin dejarnos contemplar y engendrar por Cristo en la *adoración eucarística diaria* , y el "*Stabat*" de María, "Mujer eucarística", bajo la cruz de su Hijo, es el ejemplo más significativo que se nos ha dado de la contemplación y de la adoración del sacrificio divino.

Como la dimensión misionera es intrínseca a la naturaleza misma de la Iglesia, del mismo modo nuestra *misión* está ínsita en la identidad sacerdotal, por lo cual la urgencia misionera es una cuestión de conciencia de nosotros mismos. Nuestra identidad sacerdotal está edificada y se renueva día a día en la "conversación" con nuestro Señor. La relación con él, alimentada siempre en la oración continua, tiene como consecuencia inmediata la necesidad de hacer partícipes de ella a quienes nos rodean. En efecto, la santidad que pedimos a diario no se puede concebir según una estéril y abstracta acepción individualista, sino que, necesariamente, es la santidad de Cristo, la cual es contagiosa

para todos: "Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser "para todos", hace que este sea nuestro modo de ser" (*Spe salvi* 28).

Este "ser para todos" de Cristo se realiza, para nosotros, en los *tria munera* de los que somos revestidos por la naturaleza misma del sacerdocio. Esos *tria munera*, que constituyen la totalidad de nuestro ministerio, no son el lugar de la alienación o, peor aún, de un mero reduccionismo funcionalista de nuestra persona, sino la expresión más auténtica de nuestro ser de Cristo; son el lugar de la relación con él. El pueblo que nos ha sido encomendado para que lo eduquemos, santifiquemos y gobernemos, no es una realidad que nos distrae de "nuestra vida", sino que es el rostro de Cristo que contemplamos diariamente, como para el esposo es el rostro de su amada, como para Cristo es la Iglesia, su esposa. *El pueblo que nos ha sido encomendado es el camino imprescindible para nuestra santidad*, es decir, el camino en el que Cristo manifiesta la gloria del Padre a través de nosotros.

"Si a quien escandaliza a uno solo y al más pequeño conviene que se le cuelgue al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar (...), ¿qué deberán sufrir y recibir como castigo los que mandan a la perdición (...) a un pueblo entero?" (san Juan Crisóstomo, *De sacerdotio* VI, 1.498). Ante la conciencia de una tarea tan grave y una responsabilidad tan grande para nuestra vida y salvación, en la que la fidelidad a Cristo coincide con la "obediencia" a las exigencias dictadas por la redención de aquellas almas, no queda espacio ni siquiera para dudar de la gracia recibida. Sólo podemos pedir que se nos conceda ceder lo más posible a su amor, para que él actúe a través de nosotros, pues o dejamos que Cristo salve el mundo, actuando en nosotros, o corremos el riesgo de traicionar la naturaleza misma de nuestra vocación. La medida de la entrega, queridos hermanos en el sacerdocio, sigue siendo la totalidad. "Cinco panes y dos peces" no son mucho; sí, pero son todo. La gracia de Dios convierte nuestra poquedad en la Comunión que sacia al pueblo. De esta "entrega total" participan de modo especial los sacerdotes ancianos o enfermos, los cuales, diariamente, desempeñan el ministerio divino uniéndose a la pasión de Cristo y ofreciendo su existencia presbiteral por el verdadero bien de la Iglesia y la salvación de las almas.

Por último, el fundamento imprescindible de toda la vida sacerdotal sigue siendo la *santa Madre de Dios*. La relación con ella no puede reducirse a una piadosa práctica de devoción, sino que debe alimentarse con un continuo abandono de toda nuestra vida, de todo nuestro ministerio, en los brazos de la siempre Virgen. También a nosotros María santísima nos lleva de nuevo, como

hizo con san Juan bajo la cruz de su Hijo y Señor nuestro, a contemplar con ella el Amor infinito de Dios: "Ha bajado hasta aquí nuestra Vida, la verdadera Vida; ha cargado con nuestra muerte para matarla con la sobreabundancia de su Vida" (san Agustín, *Confesiones* IV, 12).

Dios Padre escogió como condición para nuestra redención, para el cumplimiento de nuestra humanidad, para el acontecimiento de la encarnación del Hijo, la espera del "fiat" de una Virgen ante el anuncio del ángel. Cristo decidió confiar, por decirlo así, su vida a la libertad amorosa de su Madre: "Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, sufriendo con su Hijo que moría en la cruz, colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su obediencia, su fe, su esperanza y su amor ardiente, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia" (*Lumen gentium*, 61).

El Papa san Pío X afirmó: "Toda vocación sacerdotal viene del corazón de Dios, pero pasa por el corazón de una madre". Eso es verdad con respecto a la evidente maternidad biológica, pero también con respecto al "alumbraimiento" de toda fidelidad a la vocación de Cristo. No podemos prescindir de una *maternidad espiritual* para nuestra vida sacerdotal: encomendémonos con confianza a la oración de toda la santa madre Iglesia, a la maternidad del pueblo, del que somos pastores, pero al que está encomendada también nuestra custodia y santidad; pidamos este apoyo fundamental.

Se plantea, queridos hermanos en el sacerdocio, la urgencia de "un movimiento de oración, que ponga en el centro la adoración eucarística continuada, durante las veinticuatro horas, de modo tal que, de cada rincón de la tierra, se eleve a Dios incesantemente una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, petición y reparación, con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente -al nivel de Cuerpo místico- con una especie de maternidad espiritual, a quienes ya han sido llamados al sacerdocio ministerial y están ontológicamente conformados con el único sumo y eterno Sacerdote, para que le sirvan cada vez mejor a él y a los hermanos, como los que, a la vez, están "en" la Iglesia pero también, "ante" la Iglesia (cf. *Pastores dabo vobis* 16), haciendo las veces de Cristo y, representándolo, como cabeza, pastor y esposo de la Iglesia" (*Carta de la Congregación para el clero*, 8 de diciembre de 2007).

Se delinea, últimamente, una nueva forma de maternidad espiritual, que en la historia de la Iglesia siempre ha acompañado silenciosamente el *elegido*

linaje sacerdotal: se trata de la consagración de nuestro ministerio a un rostro determinado, a un alma consagrada, que esté llamada por Cristo y, por tanto, que elija ofrecerse a sí misma, sus sufrimientos necesarios y sus inevitables pruebas de la vida, para interceder en favor de nuestra existencia sacerdotal, viviendo de este modo en la dulce presencia de Cristo.

Esta maternidad, en la que se encarna el rostro amoroso de María, es preciso pedirla en la oración, pues sólo Dios puede suscitarla y sostenerla. No faltan ejemplos admirables en este sentido. Basta pensar en las benéficas lágrimas de santa Mónica por su hijo Agustín, por el cual lloró "más de lo que lloran las madres por la muerte física de sus hijos" (san Agustín, *Confesiones* III, 11). Otro ejemplo fascinante es el de Eliza Vaughan, la cual dio a luz y encomendó al Señor trece hijos; seis de sus ocho hijos varones se hicieron sacerdotes; y cuatro de sus cinco hijas fueron religiosas. Dado que no es posible ser verdaderamente mendicantes ante Cristo, admirablemente oculto en el misterio eucarístico, sin saber pedir concretamente la ayuda efectiva y la oración de quien él nos pone al lado, no tengamos miedo de encomendarnos a las maternidades que, ciertamente, suscita para nosotros el Espíritu.

Santa Teresa del Niño Jesús, consciente de la necesidad extrema de oración por todos los sacerdotes, sobre todo por los *tibios*, escribe en una carta dirigida a su hermana Celina: "Vivamos por las almas, seamos apóstoles, salvemos sobre todo las almas de los sacerdotes (...). Oremos, suframos por ellos, y, en el último día, Jesús nos lo agradecerá" (*Carta* 94).

Encomendémonos a la intercesión de la Virgen santísima, Reina de los Apóstoles, Madre dulcísima. Contemplemos, con ella, a Cristo en la continua tensión a ser total y radicalmente suyos. Esta es nuestra identidad.

Recordemos las palabras del santo cura de Ars, patrono de los párrocos: "Si yo tuviera ya un pie en el cielo y me vinieran a decir que volviera a la tierra para trabajar por la conversión de los pecadores, volvería de buen grado. Y si para ello fuera necesario que permaneciera en la tierra hasta el fin del mundo, levantándome siempre a medianoche, y sufriera como sufro, lo haría de todo corazón" (Frère Athanase, *Procès de l'Ordinaire*, p. 883).

El Señor guíe y proteja a todos y cada uno, de modo especial a los enfermos y a los que sufren, en el constante ofrecimiento de nuestra vida por amor.

Cardenal Claudio Hummes, o.f.m.
Prefecto

Carta del Prefecto a los sacerdotes en la fiesta del Santo Cura de Ars

Mis queridos Sacerdotes:

Para el día 4 de agosto, fiesta de San Juan María Vianney, el cura de Ars, os envío de corazón los más calurosos saludos y este mensaje fraterno. La Iglesia hoy sabe que hay una urgencia misionera, no sólo “ad gentes”, sino también en las regiones y ambientes donde desde hace siglos la fe cristiana fue predicada, implantada y las comunidades eclesiales establecidas. Se trata de una misión o evangelización misionera dentro del propio rebaño, que tenga por destinatarios aquellos que nosotros bautizamos pero, por diversas circunstancias, no conseguimos evangelizar suficientemente o perdieron el primer fervor y se alejaron. La cultura post-moderna de la sociedad actual, una cultura relativista, secularizada, agnóstica y laicista, también ejerce una fuerte acción erosiva sobre la fe religiosa de muchos.

La Iglesia es por naturaleza misionera. “El sembrador salió a sembrar” (Mt 13,3), dice Jesús. Salió de casa y no se limitó a echar desde la ventana la semilla. Así, la Iglesia sabe que no puede permanecer en casa y limitarse a acoger y evangelizar a los que la buscan en sus comunidades e iglesias. Es preciso levantarse e ir en búsqueda, allá donde las personas y las familias residen, viven y trabajan. Ir también a todos los servicios, organizaciones, instituciones y ámbitos de la sociedad humana. Para esta misión, todos los miembros de la comunidad eclesial son llamados, pastores, religiosos y laicos.

Por otro lado, la Iglesia reconoce que los presbíteros son la gran fuerza propulsora de la vida cotidiana de las comunidades locales. Cuando los presbíteros se mueven, la Iglesia se mueve. De lo contrario, será muy difícil realizar la misión. Vosotros, queridos hermanos presbíteros, sois la gran riqueza, el dinamismo, la inspiración pastoral y misionera, allá en la base, donde viven en comunidad nuestros bautizados. Sin vuestra determinante decisión de remar adentro (“Duc in altum”) para la grande pesca, a la cual el propio Señor os convoca, poco o nada acontecerá en el ámbito de la misión urgente, sea “ad gentes” sea en los territorios de antigua evangelización. Pero, la Iglesia tiene certeza de poder contar con vosotros, porque sabe y reconoce explícitamente que la inmensa mayoría de nuestros sacerdotes, no obstante las flaquezas y

limitaciones humanas, que todos tenemos, son sacerdotes dignos, que donan cada día su vida al Reino de Dios, que aman a Jesucristo y el pueblo que les fue confiado, sacerdotes que se santifican en el ejercicio diario de su ministerio, que perseveran hasta el fin en la mies del Señor. Hay, sí, una pequeña parte de sacerdotes, que se desvió, a veces muy gravemente. La Iglesia quiere reparar el mal por ellos realizado. Pero, por otro lado, se alegra y se enorgullece de la inmensa mayoría de sus presbíteros, que son buenos y sumamente loables.

En este Año Paulino y en la expectativa del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, que se realizará en Roma, en octubre próximo, queremos todos disponernos para la urgente misión. Que el Espíritu Santo nos ilumine, nos envíe, nos impulse para que andemos y anunciemos de nuevo a todos la persona de Jesucristo, muerto y resucitado, y su Reino! Os saludo, una vez más, queridos hermanos, permaneciendo siempre a vuestro servicio. Rezo por todos vosotros, en especial por los que están sufriendo, por los enfermos y ancianos.

Vaticano, 15 de julio de 2008

Cardenal Claudio Hummes
Arzobispo Emérito de San Pablo
Prefecto de la Congregación para el Clero

Selección de artículos sobre el nuevo Catecismo “Jesús es el Señor”

La decisiva responsabilidad de los presbíteros en la catequesis

Cardenal Claudio Hummes, Prefecto de la Congregación para el Clero

Queridos sacerdotes:

Al tomar la palabra ante vosotros, como Prefecto de la Congregación para el Clero, permitidme en primer lugar expresar mi agradecimiento a Dios nuestro Señor que me concede la gracia de estar hoy aquí, en Madrid, compartiendo con vosotros esta jornada de reflexión y compromiso sobre lo que constituye actualmente vuestro trabajo específico en vuestras respectivas Diócesis, por encargo de vuestros Obispos, esto es, la dedicación y atención a la catequesis. ¿Cómo no dar gracias a Dios y alegrarme viendo cerca de mí un grupo tan importante de sacerdotes que contribuyen con su trabajo, en estrecha colaboración con sus respectivos Obispos, a llevar adelante la gran tarea de la catequesis en España?

Vosotros estáis llamados, actualmente, por voluntad de Dios, a llevar adelante esta específica e insustituible tarea de la catequesis en vuestras respectivas Diócesis. Se trata de una llamada y misión fundamental para la efectiva evangelización de vuestras Iglesias particulares.

I. Los Presbíteros y la Catequesis

Quisiera centrar nuestra reflexión y compromiso en un aspecto que me parece fundamental y que quizás hemos olvidado o descuidado un poco en estos últimos tiempos, es decir, la efectiva dedicación y atención de todos los presbíteros a la catequesis.

Vuestra tradición sacerdotal, en lo que se refiere a la dedicación personal y directa del presbítero a la función de catequizar, es muy rica: san Juan de Ávila, san Enrique de Ossó, Andrés Manjón, el Beato Manuel González, el Obispo Llorente y tantísimos más, quienes, unas veces, quisieron responder a la necesidad de catequizar desde una vocación plena al Ministerio de la Palabra, y, otras, desde el sentimiento de compasión pastoral por la ignorancia integral de los bautizados. Estos son por ejemplo los casos de san Enrique de Ossó, de Andrés Manjón o del Beato Manuel González con sus lemas *pan y catecismo*, *evangelización y promoción humana* u otros similares.

Lo que fue denominador común para todos ellos fue la necesidad de evangelizar y de formar a los creyentes en épocas de profundas crisis culturales y la necesidad de renovar la Iglesia.

Su ejemplo no puede dejarse en el olvido; por el contrario, debe ser hoy una fuerte llamada a todos los presbíteros sobre la necesidad de atender e insistir en la finalidad de la catequesis y en su concreción en la catequesis al servicio de la iniciación cristiana o catequesis de iniciación cristiana.

Es hoy particularmente urgente que todos los presbíteros de la Diócesis, y no solo los Delegados diocesanos, tomen nuevamente conciencia de que están llamados a catequizar en primera persona, en una sociedad secularizada y paganizada, que ha ido perdiendo la presencia de ámbitos cristianos. La función propia del presbítero en la tarea catequizadora no brota de una fuente secundaria sino “del sacramento mismo del Orden que ha recibido”, como afirma el número 224 del Directorio General para la Catequesis. Es el sacramento el que constituye a los presbíteros en “educadores de la fe” (*Presbyterorum ordinis*, 6b).

Debemos hacer un esfuerzo para quitarnos ese lastre un poco burocrático que se ha ido metiendo en nuestra labor pastoral, quizás por excesiva confianza, mal entendida, en que la Iglesia no puede perecer o, al revés, por miedo ante una sociedad, que parece impermeable e indiferente al anuncio del que somos portadores.

Cuanto más secularizado es el ambiente, más necesidad tienen los catequizandos de que se les proporcione una presencia viva del Evangelio, un testimonio explícito del espíritu y del modo de vivir cristiano, recreando el ámbito educativo típicamente cristiano.

Por ello es importante la experiencia de fe en las parroquias como comu-

nidades cristianas vivas, guiadas por pastores que sienten en su propia entraña sacerdotal la importancia vital y la urgencia actual de la catequesis; catequesis parroquial que no aleja del ámbito secular en el que día a día el catequizando debe vivir la fe, sino que lo capacita para ser testigo de la misma.

En este sentido tiene una importancia capital la vivencia del domingo, como día de fe, por parte de todos los miembros de la comunidad parroquial. El día del Señor, el día de la resurrección es el día de los cristianos, es nuestro día, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n.1166). El Concilio Vaticano II afirma que “la Iglesia, desde la tradición apostólica que tienen su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón “día del Señor” o domingo” (Const. Dog. *Sacrosantum Concilium*, 106). Su centro es “el banquete del Señor”, porque es aquí donde toda la comunidad de los fieles encuentra al Señor resucitado “al partir el pan” (Cf. Lc 24,30).

Los presbíteros, y especialmente los párrocos, deben esforzarse por formar a los fieles a la vivencia teológica del domingo y también como día catequético por excelencia para toda la comunidad cristiana. Conozco perfectamente y comprendo las dificultades pastorales que esto comporta en una sociedad, sobre todo en una sociedad urbana que necesita del día de descanso para salir de la ciudad y dedicarse al descanso en contacto con la naturaleza. Pero esto no nos debe desanimar.

Es muy importante lo que está en juego y merece la pena empeñarse seriamente por salvaguardar y promover el carácter cristiano original de este día de fiesta en honor del Señor.

Hace algunos años la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó una magnífica Instrucción sobre el domingo (*Dies Domini*), que puede siempre servirnos de referencia en la catequesis para llevar adelante esta magnífica tarea pastoral y catequética del día por excelencia de la asamblea del Pueblo de Dios.

El empeño pastoral porque el domingo sea de verdad “el día del Señor” para la comunidad cristiana que se le ha confiado, entra dentro de la misión más amplia por el fortalecimiento y configuración de la personalidad cristiana, de la identidad cristiana y eclesial de nuestros iniciandos. Los presbíteros, en efecto, tratan, sobre todo a través de la catequesis, por conseguir que todos los fieles de su comunidad se formen adecuadamente y alcancen la madurez cristiana.

Ello comporta fundamentalmente para el presbítero la misión de promover la unidad y coordinación de la catequesis, es decir, cuidar la orientación de fondo, su adecuada programación y su integración en el proyecto evangelizador de la comunidad parroquial, de la Diócesis y de la Conferencia Episcopal.

Dicha programación debe contar con la participación activa de los propios catequistas. La integración debe cuidar no sólo la unidad con el proyecto evangelizador de la parroquia, de la Diócesis y de la Conferencia Episcopal (integración *ad extra*, podríamos decir), sino también, y lo que es muy importante, su integración *ad intra*, es decir, su vinculación con la vida litúrgica y sacramental y con la actividad evangelizadora y caritativa que toda la comunidad desarrolla, conforme a un plan general de evangelización.

En otras palabras, fomentar siempre la esencial vinculación de Palabra, Sacramento y Caridad; o de catequesis, acción litúrgica y servicio de la caridad. La pastoral de la iniciación cristiana ha de garantizar esta unidad sustancial; asimismo la catequesis de iniciación cristiana deberá estar a su servicio.

Se trata en definitiva que el presbítero en primera persona sea el garante de la unidad de la misión eclesial, de las grandes acciones evangelizadoras y de la necesaria coordinación de los distintos ámbitos, acciones y agentes de la catequesis.

Pero no olvido que estoy hablando a los Delegados diocesanos de catequesis. Esta tarea de unidad y coordinación como exigencia de la renovación y revitalización de la catequesis al servicio de la iniciación cristiana, en los proyectos diocesanos de pastoral, es vuestra tarea primordial.

El Delegado diocesano ha de impulsar la dedicación efectiva de todos los sacerdotes de la Diócesis a la catequesis, lógicamente según la misión y las efectivas posibilidades de cada uno. El Delegado diocesano debe saber ayudar a cada uno en la organización de esta dedicación. En el ámbito de la propia comunidad hay que saber sacrificar puntos de vista particulares y conjuntarse en un proyecto diocesano de evangelización con espíritu de unidad y de comunión con la Iglesia particular; al mismo tiempo que esta, la Iglesia particular, se mantiene en comunión con toda la Iglesia, a través de la propia Conferencia Episcopal.

Ilusionar y ayudar a los presbíteros para trabajar con proyectos comunes, diocesanos y nacionales, esa es la tarea del Delegado diocesano. El *Directorio General para la Catequesis* propone “el establecimiento del proyecto global de

catequesis, articulado y coherente, que responda a las verdaderas necesidades de los fieles y que esté convenientemente ubicado en los planes pastorales diocesanos. Tal proyecto ha de estar coordinado, igualmente, en su desarrollo, con los planes de la Conferencia Episcopal (DGC 223)”. El Directorio propone dicho establecimiento de proyecto global como tarea y preocupación del Obispo en su Diócesis, pero ¿quién mejor que el Delegado diocesano de catequesis para ayudar y colaborar con el propio Obispo para llevar a cabo dicho proyecto?

A este propósito, quisiera llamar vuestra atención sobre la importancia de usar y promover los Catecismos de la Iglesia española en vistas de este proyecto común. Entre otras razones porque otorga un lenguaje común de la fe.

Sabéis bien que, a este respecto, la Congregación para el Clero ha concedido muy a gusto recientemente la *recognitio* al nuevo Catecismo de la Conferencia Episcopal Española *Jesús es el Señor* que será objeto de estudio por parte vuestra en esos días de Jornadas Nacionales. Es una gran oportunidad para la unidad de criterio y de acción y para configurar realmente la catequesis de infancia al servicio de la iniciación cristiana.

Igualmente, en el ámbito de la unidad y coordinación de toda la actividad catequética, los Delegados diocesanos deberán animar y promover que los sacerdotes asuman su responsabilidad en la formación de los catequistas, en todas las dimensiones que la integran. (Quinta parte cap. 2º. Nº 233-251).

Los catequistas tienen necesidad de ser atendidos en formación integral como tal, en su itinerario de fe por el sacerdote, no sólo en los aspectos teológicos, y pedagógicos, que son de gran utilidad para el ejercicio de su función de catequizar. El sacerdote está entre los catequistas no sólo para la formación teológica y doctrinal de los mismos, o para la capacitación pedagógica. Debe atenderles en su integridad en cuanto creyente adulto que participa de la misión de evangelizar.

Por último, esta promoción de la unidad y coordinación se ha de llevar a la práctica en relación con los lugares y vías de la catequesis, como indica el Directorio General en el Capítulo tercero de la quinta parte.

Desde la unidad es posible hacer frente a la llamada “*crisis*” de las vías tradicionales de la transmisión de la fe, crisis de las vías de catequización. Desde el proyecto de catequesis de la Iglesia particular concebido en unidad y comunión quien catequiza y quien es catequizado percibe hasta hacer la vida

propia la “comuni3n” como n3cleo profundo del ser mismo de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares, que constituyen la comunidad cristiana referencial.

Percibiendo y viviendo esta “comuni3n” es factible superar esa supuesta crisis de la que habl3bamos. La comuni3n, que es el n3cleo profundo del ser mismo de la Iglesia, a imagen de la Trinidad, debe hacerse cercana y visible en la rica variedad de los lugares y v3as de la catequesis, “*en la rica variedad de las comunidades cristianas inmediatas, en las que los cristianos nacen a la fe, se educan en ella y la viven. La familia, la parroquia, la escuela cat3lica, las asociaciones y movimientos cristianos, las comunidades eclesiales de base...*” (DGC, 253).

La Iglesia siempre ha tenido conciencia de que estos lugares y v3as de catequesis deber3an ser entendidos en la diversidad de las tareas y en la unidad/complementariedad de objetivos. Por ello la necesidad de insistir en la claridad de objetivos y en la permanencia en ellos.

La parroquia, si la familia no educa en la fe, se ver3a en la disyuntiva de formar a los ni3os como hu3rfanos. Por ello, la necesidad de afrontar claramente la responsabilidad de los c3nyuges cristianos de la transmisi3n de la fe en el seno de la propia familia. Igualmente el colegio religioso, no puede educar en la fe a los alumnos prescindiendo de la parroquia.

II. La Catequesis renovada

Desde el Concilio Vaticano II, la catequesis ha ya recorrido un largo camino de revocaci3n. Tres frutos importantes han derivado de este proceso: primero, un renovado uso de la Biblia, principalmente de los Evangelios, en la catequesis; segundo, una preocupaci3n por unir fuertemente fe y vida; tercero, la elaboraci3n de nuevas metodolog3as para el trabajo de catequesis.

1. *Catequesis como proceso de iniciaci3n para la vida de fe*, se trata de un proceso que integra una catequesis de experiencia de Dios, pasando de una catequesis principalmente te3rica y doctrinal, hacia una catequesis m3s vivencial, sin perder, por supuesto, el aspecto de contenido doctrinal integral. Ello significa que, tanto la dimensi3n doctrinal como la vivencial, est3n integradas en el proceso de llegar a ser disc3pulo de Jesucristo. Se delinea de este modo un modelo metodol3gico que lleva a la experiencia de Dios, la cual se expresa, sobre todo, en la vida lit3rgica y orante;

2. *Iniciación a la vida de fe en comunidad:* conforme a la pedagogía de Dios, Él mismo se revela en la vida y en la historia comunitaria de su pueblo, tanto en el tiempo de la Alianza con Israel como de la Nueva Alianza en Jesucristo, acogiendo y santificando los creyentes como miembros de un pueblo;
3. *Proceso permanente de educación de la fe:* la formación en la fe se prolonga en la vida entera de los discípulos de Jesús dando una importancia fundamental a la catequesis de adultos;
4. *Catequesis kerygmática y cristocéntrica, con dimensión trinitaria:* o sea, la catequesis debe tener como hilo conductor los contenidos del primer anuncio, el Kerygma, que conduce a Jesucristo y de este modo profundiza kerygmáticamente la conversión primera. Pero, con mucha frecuencia, la propia catequesis debe también hacer el primer anuncio y de este modo conducir el catequizando a un encuentro personal con Jesucristo para creer en Él, adherir a Él y decidirse a seguirlo como discípulo. De hecho, como dice Juan Pablo II en la *Catechesi Tradendae*: *“La peculiaridad de la Catequesis, distinta del anuncio primero del Evangelio que ha suscitado la conversión, persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo (49). Pero, en la práctica catequética, este orden ejemplar debe tener en cuenta el hecho de que, a veces, la primera evangelización no ha tenido lugar. Cierta número de niños bautizados en su infancia llega a la catequesis parroquial sin haber recibido alguna iniciación en la fe, y sin tener todavía adhesión alguna explícita y personal a Jesucristo, sino solamente la capacidad de creer puesta en ellos por el bautismo y la presencia del Espíritu Santo (...). Es decir, que la catequesis debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo.* (n. 19). De este modo, la catequesis debe ayudar muchas veces al catequizando a esa adhesión personal profunda a Jesucristo, quien lo conduce al Padre, en el Espíritu Santo. Nace de ahí, el seguimiento de Jesús; nace el discípulo. Al mismo tiempo, esta catequesis cristocéntrica incluye una dimensión antropológica, puesto que educa para vivir el misterio de aquel que reveló el hombre al hombre, el nuevo Adán, Jesucristo.

5. *Catequesis, Biblia y vida*: la catequesis es considerada como una forma de ejercer el ministerio de la Palabra de Dios, para la transformación de la vida del catequizando y de la comunidad en creyentes. De este modo, debe realizar una concreta unidad entre fe y vida. La Biblia es el libro de la fe y, por ello, constituye el texto principal de la catequesis. Así pues, la tradicional *Lectio Divina*, la lectura orante de la Biblia, puede nutrir el catequista y el catequizando, promoviendo la necesaria integración entre fe y vida.
6. *Catequesis y espiritualidad*: la catequesis debe conducir el catequizando a una vida de intimidad espiritual con Jesucristo y con la Trinidad Santa, constituyendo una espiritualidad bíblica, litúrgica, cristológica, trinitaria, eclesial, mariana y encarnada en la realidad.
7. *Catequesis transformadora*: esto es, la catequesis debe formar al catequizando y la comunidad para una acción transformadora de las estructuras de pecado de la sociedad humana, conforme a los criterios y a los métodos de acción propuestos por el Evangelio, interpretado auténticamente por el Magisterio, principalmente en su Doctrina social;
8. *Catequesis inculturada*: la catequesis debe valorizar y asumir los valores de la cultura, el lenguaje, los símbolos, la manera de ser y de vivir del pueblo en sus diversas expresiones culturales. La inculturación del Evangelio es una exigencia metodológica de la catequesis. Como afirma Juan Pablo II: “*No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo es la medida de toda cultura y de toda obra humana*” (Disc. de Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Santo Domingo, n. 2);
9. *Catequesis generadora de misioneros*: el discípulo nace del encuentro con Cristo y de la adhesión a Él. Del discípulo nace, entonces, el misionero. El verdadero discípulo que hace experiencia de Dios en Jesucristo, siente dentro de sí la pasión misionera de anunciar a otros lo que vive, lo que ha experimentado, para conducir siempre más personas a un encuentro con Cristo. Hoy, en la Iglesia, hay un fuerte despertar de la urgencia de la misión, no sólo dirigida “*ad gentes*”, sino también de una misión dirigida a los católicos que no participan de la vida de la comunidad eclesial, los católicos alejados. Se trata de una misión en el propio territorio, donde la Iglesia ya está presente. La catequesis, por tanto, debe formar misioneros muy sensibles a la necesidad de una nueva evangelización misionera.

III. Dos recomendaciones concretas

1. Se constata hoy que muchos párrocos no acompañan suficientemente a sus catequistas, que son generalmente un grupo de laicos y laicas. Les confían la catequesis y después los dejan trabajar solos.

En verdad, la comunidad parroquial espera que su párroco se responsabilice en primera persona de la catequesis. Los catequistas necesitan de una formación constante y precisan sentir la presencia y el interés del párroco por su trabajo. Pero, sobre todo, esperan que el párroco les oriente sobre los contenidos para transmitir en la catequesis y los métodos para llevar a los catequizandos a hacer una experiencia personal y profunda de Dios y a conocer y vivir mejor su fe. De esta presencia animadora y orientadora del párroco depende en gran parte el buen éxito de la catequesis en la parroquia.

2. El párroco debe empeñarse también para que los catequizandos reciban y aprendan el entero contenido del Catecismo, y no apenas una parte. Considerando que muchos niños reciben la catequesis apenas en edad infantil y después nunca más reciben un programa sistemático de catequesis, será necesario encontrar caminos para que ellos, ya en el catecismo infantil, reciban, aunque sintéticamente, el entero contenido del catecismo, adaptado obviamente a su universo infantil y a su capacidad de entendimiento y vivencia de la fe. Ahora bien, el *Catecismo de la Iglesia Católica* indica y desarrolla este contenido catequético integral para ser transmitido hoy, según las orientaciones de la Iglesia.

Conclusión

Termino, deseando que esta Jornada Nacional de Delegados Diocesanos de Catequesis recoja los mejores éxitos. La fundamental importancia de la Catequesis en la vida de la Iglesia requiere que invirtamos nuestros mejores esfuerzos en este campo. De hecho, allí donde hay una buena catequesis, el futuro de la Iglesia será mucho mejor. Al contrario, donde se descuida la Catequesis, la Iglesia tendrá serios problemas en el futuro. De ahí que la tarea de los Delegados Diocesanos sea tan decisiva. Pido a Dios que bendiga vuestro trabajo y os conceda abundantes frutos.

Muchas gracias

(Ponencia impartida en las XLI Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis)

El Catecismo *Jesús es el Señor* en la catequesis

(Breves apuntes para la lectura del Mensaje de los Obispos sobre el nuevo catecismo *Jesús es el Señor*)

Mons. Amadeo Rodríguez Magro, *Obispo de Plasencia*

El Mensaje de los Obispos (**Ver Boletín Obispado 3/2008, pag. 147**) da pie a esta intervención, que no es más que una reflexión ampliada y derivada de lo que en él se afirma, y del que pretende ser una clave de lectura.

Les advierto de entrada que en los temas que les expondré no pretendo ejercer de maestro, sino que expongo como un simple y atrevido aprendiz mi punto de vista. Lo haré con cierta exageración para despertarles si hiciera falta, por la hora en la que estoy interviniendo (para los lectores digo que son las cuatro de la tarde). Advierto también que mi intervención se limitará a situar el Catecismo en la catequesis, especialmente éste que estamos estrenando. Esa es la trama de mi argumentación. No obstante, el protagonista de lo que diga es sobre todo el Catecismo y no tanto la catequesis; que de esa se hablará mucho y bien en la próxima intervención de estas Jornadas: Las tareas de la catequesis en el catecismo *Jesús es el Señor*

1. DEL ESPLENDOR A LA CRISIS DEL CATECISMO

Los más informados y los más veteranos entre ustedes, es decir todos, saben muy bien que el Catecismo ha pasado en los últimos tiempos por grandes vicisitudes. Es verdad que, tras su cima postridentina, tuvo cuatro siglos de eficacia y esplendor, en los que llegó a acaparar la transmisión de la doctrina cristiana hasta tal punto que la catequesis se hizo Catecismo: con una misma palabra se designaba a un texto, a una actividad y a una institución. Sin embargo, y simplificando mucho los datos, a mediados del siglo XX, inició el descenso de una complicada pendiente en la que recibió muchas críticas. Se puede decir que en ese período, si de algo podía ser considerado culpable, no sólo pagó todas las culpas sino que también empezó para él un largo camino de purificación.

Fue entonces cuando comenzaron para el Catecismo una serie de reformas, que en principio le vienen de aquella a la que había suplantado, de la

catequesis, y que le dieron nuevos aires pedagógicos, didácticos y educativos. En ese camino de reformas, éstas llegaron incluso a una progresiva renovación de los contenidos, que dejaron de ser tan conceptuales para, al hilo de la renovación teológica, ser más bíblicos y kerigmáticos, y más tarde, ser también, además de a Dios, fieles al hombre en su experiencia vital y en sus diversas edades, empezando por los adultos. Y así fue como apareció una nueva concepción, hasta material, del Catecismo. Nuestros más que veteranos Catecismos de Astete y Ripalda dieron paso a otras fórmulas, algunas importadas, y otras autóctonas, como los Catecismos Nacionales, y más tarde los Catecismos de la Comunidad: *Con vosotros está*,1974; *El Padrenuestro y Jesús es el Señor*1982 y *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia*,1986. Estos Catecismos le daban un nuevo estilo a aquellas novles *lecciones de cosas*, como decían los franceses que eran sus viejos Catecismos de preguntas y respuestas, ya que siempre los suyos comenzaban con el habitual *qu'est que c'est*. Los nuevos aires teológicos y pedagógicos trajeron, como no podía ser de otro modo, nuevas presentaciones de la fe en contenidos y en recursos didácticos.

Pero a partir de ese momento, nuestro protagonista, de serlo todo, pasó a ser sólo un instrumento, aunque cualificado, de la catequesis. Fue entonces cuando se empezó a decir que se había pasado del Catecismo a la catequesis. En esa nueva situación, el Catecismo, si bien no desaparecía, sí tenía que situarse adecuadamente en el más amplio contexto de la acción catequética, y siempre a su servicio, y, sobre todo, con una función muy concreta: ofrecer un lenguaje común de la fe y ser cauce a través del cual se recibe y se dice la fe de la Iglesia. El Catecismo seguía estando en la catequesis, pero aprendiendo a situarse en ella, porque no la totalizaba. Esta tarea, como es sabido de todos, no fue fácil por varias razones: porque hubo nostálgicos del Catecismo que nunca entendieron la novedad de la situación y porque hubo también quien lo eliminó totalmente de la catequesis, castigándolo por una supuesta prepotencia en el pasado.

2- EL CATECISMO, SUPLANTADO POR SU FAMILIA

Entre las novedades, que surgieron en torno a esta nueva concepción del Catecismo al servicio de la catequesis, hay que destacar que le salieron hijos, nietos y hasta bisnietos, en la diversidad de materiales entonces posibles. Era lo que se dió en llamar la familia del Catecismo. Una gran creatividad pedagógico-didáctica se produjo en torno al Catecismo y a la catequesis. Cito, como

ejemplo, el ya famoso Catecismo verde o Catecismo Alemán y el de preadolescentes *Con vosotros está*. La familia de estos dos Catecismos fue especialmente amplia y rica.

Poco a poco, y aprovechando la lentitud en ofrecer un plan de Catecismos para un plan de catequesis en diversas edades y situaciones, por parte de la Conferencia Episcopal Española, y un evidente desorden y hasta desacierto y discontinuidad en la elaboración y entrega de Catecismos, como ocurre en el caso, por ejemplo de *Con vosotros está* y *Esta es nuestra fe* que por diversas circunstancias quedaron desplazados de la catequesis. Por estas y otras causas, tiene lugar un fenómeno en nuestra catequesis que, a mi juicio, hizo, en su momento, un buen servicio: la identificación por Diócesis y Provincias Eclesiásticas de origen de los materiales catequéticos: Huelva, Región del Duero, País Vasco y Navarra, Sevilla, Valencia, Galicia, Madrid, Granada... y un sinfín de iniciativas de carácter diocesano, regional e incluso particular. La creatividad y profusión de materiales complementarios en torno al Catecismo o al margen de él, hecha a veces con más buena voluntad que competencia, fue tal que se superpuso al Catecismo mismo y lo eliminó prácticamente de la catequesis.

Y de esa herencia vivimos aún en estos momentos. Hoy muchos de nuestros catequistas no saben distinguir entre Catecismo y materiales complementarios y yo diría incluso que entre materiales y catequesis. Si antes se le llamaba Catecismo o doctrina a la catequesis, hoy la catequesis es deudora del estilo didáctico de unos materiales; de tal manera es esto así que mucha catequesis de la que hoy se hace es más lección o sesión escolar que iniciación en la fe y en la vida cristiana. La catequesis es para muchos hacer lo que señalan los libros o, en su defecto, las fotocopias que usan.

3. EL CATECISMO SE REVELA

Entre tanto, el Catecismo se revela y hace todo lo que puede por recuperar su puesto en la Iglesia y en la catequesis. Su golpe de efecto más llamativo tuvo lugar en Notre Dame de Fourvier en Lyon y en Nôtre Dame de Paris el 15 y 16 de Enero de 1983. Lo dió el Cardenal J. Ratzinger, que, en una seria crítica a la catequesis contemporánea y sobre todo a la francesa, afirmó que “fue un primer y gran error suprimir el Catecismo y declarar superado el género Catecismo”. Y propone como solución a los problemas de la catequesis, la vuelta del texto *Catecismo*, “un Catecismo que contenga un elenco de los con-

tenidos de la fe y que es previo a otros textos también catequísticos, de comentario al Catecismo”¹.

Sin embargo, fue definitivo lo que ocurrió, como todos sabemos, durante el Sínodo Extraordinario de Octubre de 1985, convocado para celebrar el XX Aniversario del Concilio Vaticano II. El documento conclusivo dice del Catecismo: “Muchos padres sinodales han expresado el deseo de que se componga un Catecismo o Compendio de toda la doctrina católica, en lo que se refiere a la fe y a la moral, para que sea punto de referencia para los Catecismos o compendios que se elaboren en las distintas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica. Debe tratarse de una sana doctrina adaptada a la vida actual de los cristianos”².

A partir de ese momento aumenta el protagonismo del Catecismo porque, de inmediato, el Siervo de Dios Juan Pablo II, acogiendo esta propuesta del Sínodo, crea una comisión de elaboración. Esto tiene lugar el diez de Julio de 1986, y el proceso de elaboración, como todos sabemos, se prolonga hasta el 25 de Junio de 1992, fecha de su aprobación por el Papa del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ni que decir tiene que, a lo largo de todo el itinerario de elaboración creció el interés por el Catecismo y, por supuesto, se abrió un amplio debate sobre su naturaleza y necesidad en la catequesis.

4. Y LLEGÓ EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La irrupción del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la catequesis ha constituido sin ningún género de dudas un foco de luz necesario. Sin embargo también ha creado y sigue creando bastantes equívocos para el argumento que nos ocupa: algunos han vuelto a reivindicar el uso del Catecismo en la catequesis sin ninguna mediación o con mediaciones inadecuadas; primero del propio Catecismo *maior* y, después, del *minor* o compendio. Algunos no han llegado a creerse del todo la función que se le asignaba al CIC de ser “punto de referencia” y pretenden que, con un formato u otro, totalice de nuevo la catequesis. Otros, por el contrario, lo menospreciaron, y lo situaron muy pronto en el desván eclesial de objetos perdidos. El tiempo está haciendo caer a unos y a otros en la cuenta de su error, pues el *Catecismo de la Iglesia Católica* ha hecho que el Catecismo como tal haya adquirido de nuevo un cierto protagonismo en la catequesis y en la pastoral de la Iglesia en general: Por él se ha vuelto a valorar el Catecismo y, sobre todo, se ha descubierto su necesidad en la catequesis, si bien este proceso de valoración ha sido lento, pues lento ha sido y está

siendo el camino de adaptación de los Catecismos locales a su texto de referencia, el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Un comentario aparte merece el *Compendio*, que ha venido a completar el propio *Catecismo de la Iglesia Católica*. Por mi parte, sin negarle ningún valor, pues el resultado final hay que calificarlo de espléndido, considero que se trata de un trabajo que nace como fruto de la impaciencia por no ver aún realizada la fecundidad catequética que se esperaba del CIC. A mi juicio –por supuesto muy particular– es por la lentitud del proceso de adaptación de los Catecismos locales a este texto de referencia por lo que es tan bien acogida la propuesta del Cardenal Schönborn. Seguramente no es así, pero da la impresión de que con ella pretende que el Catecismo de la Iglesia Católica, en una edición *minor*, haga lo que aún no han hecho del todo y adecuadamente los destinatarios del Catecismo, los Obispos en las Conferencias Episcopales del mundo. Se trata, a mi juicio, de una impaciencia pastoral, y en definitiva apostólica, de quien está convencido del valor que tiene para la transmisión de la fe el CIC.

5. EL CATECISMO: POSIBILIDADES Y LÍMITES

Estando así las cosas, y suponiendo que estén ustedes de acuerdo con mi visión de los hechos, a partir de ahora mi intervención, siempre al hilo del mensaje de los obispos, se dedicará a situar adecuadamente el Catecismo en la catequesis. Para ello lo primero que hemos de hacer será conocer el Catecismo en sus posibilidades y sus límites. Veamos, pues, qué entendemos por Catecismo.

El mensaje que les estoy comentando recoge lo que afirma Juan Pablo II en *Fidei Depositum*: “Un Catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición Viva de la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia, para que conozcan mejor los misterios cristianos y se reavive la fe del Pueblo de Dios. Debe recoger aquellas explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo ha sugerido a la Iglesia a lo largo de los siglos”³.

A esta aproximación del Papa al Catecismo, añadido, quizás desempolvándolo, la de nuestro querido y ya no tan usado documento *Catequesis de la Comunidad*: “Los Catecismos son libros de la fe que recogen el anuncio cristiano y la experiencia de fe vivida por la Iglesia, la cual traduce esta riqueza a fin de que sea legible y significativa para los que caminan hacia la maduración cristiana. Al proponer a los creyentes esta riqueza de manera autorizada y

auténtica, los obispos ofrecen a sus comunidades un conjunto que constituye regla de fe y orientación básica de la catequesis”⁴.

Y por su parte el *Directorio General para la Catequesis* hace una descripción del género Catecismo que merece la pena recordar a grandes rasgos:

- Es un texto oficial de la Iglesia que hace visible la entrega de lo que ella misma cree (símbolo), ora (padrenuestro), celebra (sacramento), vive (moral cristiana). Este texto presenta de una manera segura y auténtica los elementos de la doctrina cristiana.

- Es un texto base y de carácter sintético que presenta de manera orgánica y atendiendo a la jerarquía de las verdades los documentos de la Revelación y de la Tradición cristiana, que son ofrecidos en la rica diversidad de lenguajes en los que se expresa la palabra de Dios.

- Es punto de referencia inspirador de la catequesis, junto con la Sagrada Escritura y, por tanto, es un documento doctrinal que hay que tener siempre a mano, pues siempre es una referencia sólida y útil para conocer la fe cristiana.

- Es un instrumento para el acto catequético, que ha de tener una clara inspiración en la pedagogía divina⁵.

Y como lo que abunda no hace daño, sobre todo si es bueno, recojo para completar y como síntesis la lúcida definición de Catecismo que hizo Monseñor José Manuel Estepa en la presentación del *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*: “El Catecismo es el libro –en toda la tradición cristiana desde largos siglos ha sido así entendido– que recoge esa experiencia de fe, esas enseñanzas recibidas por la Iglesia, tal y como han ido siendo formuladas en la expresión misma de la comunidad cristiana. El Catecismo, por supuesto, no agota todos los elementos de la fe y vida cristiana, pero sí recoge lo sustancial de aquello que se considera común en la tradición eclesial”⁶.

6. CATECISMOS LOCALES: NATURALEZA Y CONCRECIÓN

La irrupción del *Catecismo de la Iglesia Católica* no sólo ha vuelto a llamar la atención sobre el Catecismo, sino que ha ampliado la visión de conjunto del Catecismo mismo; pues, al proponerlo como texto de referencia, está haciendo al mismo tiempo una llamada a un Catecismo inculturado, o sea, a los Catecismos locales, “que se han de redactar guardando cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica”⁷ y “teniendo en cuenta las

diversas situaciones y culturas". En efecto, la necesidad del uso referencial del CIC llama a los Catecismos locales y estos, a su vez, llaman a la presencia orientadora del CIC. Si el Catecismo de la Iglesia Católica, y de algún modo también su Compendio, fue calificado, en *Fidei Depositum*, como "texto de referencia para una catequesis renovada en la fuente misma de nuestra fe", eso significa para nosotros que en el horizonte de nuestra catequesis no puede faltar ni la presencia inspiradora del CIC ni la presencia *real* de los Catecismos de la Comunidad cristiana de la Conferencia Episcopal Española. El posible uso directo que en algunos casos se pueda e incluso se deba hacer del CIC, y en mayor medida del Compendio, no exime en modo alguno de la responsabilidad de elaborar Catecismos locales para las diversas edades y circunstancias.

Siendo esto así, es necesario no sólo que miremos al Catecismo en su naturaleza sino también en su concreción. Los Catecismos, por ser instrumentos en la catequesis, están al servicio del proceso mismo de Iniciación cristiana. Eso significa que hemos de mirar a los Catecismos en su diversidad gradual; es decir, Catecismos por edades y para diversas etapas del proceso catequético. Un Catecismo, si no es único, hay que contemplarlo y valorarlo en su conjunto y en su continuidad. El Catecismo está al servicio de un itinerario o proceso que, en ocasiones, sobre todo en la infancia preadolescencia tiene diversas y distintas etapas y además un recorrido peculiar. Esa diversidad, distinción y peculiaridad viene marcada por la situación del destinatario: edad, capacidad, ambiente social, etc. Ninguno de estos aspectos a tener en cuenta en el Catecismo, y de un modo especial el de su gradualidad, es indiferente para su contenido y pedagogía. En cuanto a los contenidos, la gradualidad siempre demanda que en los Catecismos esté muy equilibrada la integridad intensiva y extensiva; sobre todo en épocas como esta en la que no se garantiza del todo la continuidad de la catequesis, sobre todo por las muchas interrupciones del proceso de Iniciación cristiana que se producen en la infancia y la adolescencia.

7. LOS CATECISMOS LOCALES, REGLA SEGURA PARA LA INICIACIÓN CRISTIANA

De todo lo dicho se desprende que los Catecismos locales son el instrumento fundamental que todos han de tener en cuenta a la hora de iniciar en la fe. En su conjunto y en cada uno de ellos, los Catecismos son regla segura para la enseñanza de la fe y, por tanto, han de estar en la base de la vida cristiana tanto en su expresión individual como comunitaria. Del fermento del

Catecismo van a vivir todos los iniciados a lo largo de su experiencia cristiana, pues son la base de la confesión de una misma fe. En esto insistía *Catechesi Tradendae* cuando afirmaba que “los Catecismos han de ser fieles a los contenidos esenciales de la revelación y puestos al día en lo que se refiere al método, capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas de los tiempos nuevos”⁸. En definitiva, los Catecismos locales han de tener en cuenta lo que advertía también este extraordinario documento, y que no debemos olvidar: que sean fieles a una ley fundamental para toda la vida de la Iglesia, y que es también regla de oro para la catequesis: “la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre, en una misma actitud de amor”⁹.

Para el logro de esta doble fidelidad, los Catecismos se han de proponer darle firmeza a la identidad de los cristianos, para que sean capaces de sobreponerse sin cesar a las vacilaciones, incertidumbres y desazones del ambiente. Para ello han de ofrecer certezas sencillas pero sólidas¹⁰, que le ayuden a buscar cada vez más y mejor el conocimiento del Señor. Es por eso que los Catecismos locales, por su inmediatez y su cercanía al destinatario, por su objetivo de ofrecer certezas sólidas y sencillas y por ser regla de la fe, han de alejarse en su concepción y elaboración de lo que es objeto de discusión y reflexión por determinadas escuelas y corrientes teológicas¹¹. En este momento es especialmente necesario recordar que “el don más precioso que la Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy, desorientado e inquieto, es formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe”¹².

8. CATECISMOS FIELES AL DESTINATARIO

Pero, siendo verdad que el acento cognoscitivo es lo más específico del Catecismo, sin embargo, éste no puede ser ajeno en sí mismo, en su propio contenido, en su estructura y en sus reflejos internos, a las circunstancias concretas en las que nace y es utilizado; pues, de lo contrario, estaría al margen de la propia realidad de la catequesis y le sería muy difícil servirla. Por ejemplo, si es tiempo de nueva evangelización, el Catecismo no puede ser ajeno en su aliento interno al ambiente socio-religioso, ya que eso lo haría atemporal. Al contrario, en una situación misionera, todo en el Catecismo ha de “oler” a invitación, a llamada a la fe, y no basta con que ya se le suponga por esencia. Eso significa que los Catecismos no pueden estar al margen de los cambios sociales y culturales, ni de las circunstancias en las que se realiza la transmisión de la fe. En su entraña han de recoger, porque están a su servicio, lo que la comunidad cristiana experimenta en el ejercicio cotidiano de la transmisión de la fe,

aunque de un modo explícito donde se manifieste esto sea en el modo mismo de hacer catequesis. Las situaciones socio-religiosas ambientales, las dificultades familiares y los problemas que se encuentran al interior mismo de las comunidades cristianas ha de tener un reflejo en los Catecismos que se utilizan; aunque insisto en que es en el ejercicio de la catequesis donde todo esto ha de tener un mayor y necesario relieve.

Como se dice en el mensaje de los Obispos: “El Catecismo contiene lo viejo y lo nuevo (cf Mt 13,52), pues la fe es siempre la misma y fuente de luces nuevas. Es por eso que se ha de buscar el modo más apropiado de comunicar la doctrina a los hombres de cada época, ya que las nuevas situaciones sociales traen consigo cambios y pluralidad de lenguaje”¹³. El Catecismo ha de cuidar que las certezas sólidas y sencillas lleguen a los destinatarios para hacerse vida en ellos y convertirse en significativas en su modo de ser y de vivir en sus circunstancias concretas y, naturalmente, en las diversas etapas de su vida y de su crecimiento en la fe. Como le dice el Papa Juan Pablo II a los catequistas italianos: “El catequista debe ser maestro de humanidad, es decir, ha de estar profundamente atento a la sensibilidad y a los problemas de las personas a las que acompaña en la catequesis. No basta con hacer una bella lección, si esta no responde a los interrogantes y a las expectativas de aquellos a los que va dirigida. Es por eso que, además de los caracteres de sistematicidad e integridad, la catequesis ha de tener también una gran significatividad; debe por tanto prolongar las actitudes de Jesús que, mientras ofrece su Palabra de vida, encuentra a cada uno en la concreción de sus necesidades, de sus expectativas y de su capacidad y comprensión”¹⁴. Todo Catecismo ha de ser, pues, fiel al mensaje y fiel a la persona humana.

Esa labor de actualización de los Catecismos ha de ser permanente y ha de hacerla cada generación al hilo de las exigencias que proceden de la presentación misma de la fe en un lenguaje actualizado, significativo y a la vez común. No obstante, insisto en que el gran objetivo de los Catecismos es que “todos conozcan lo que la Iglesia misma profesa, celebra, vive y ora en su vida diaria”¹⁵. Es decir, que se reciba la *lex credendi, lex celebrandi, lex vivendi, lex orandi*.

Ni que decir tiene que, al aludir a los Catecismos locales, no sólo he querido referirme a Catecismos para la infancia y la adolescencia, también a otros Catecismos que cubran el ciclo de la catequesis en todas las edades: especialmente a los Catecismos para jóvenes y adultos. Entre los Catecismos para las

diversas etapas de la vida, la primacía entre todos lo tendrá, como es lógico, el de adultos, del mismo modo que la tiene la catequesis para estos destinatarios. Considero que en cada edad ha de haber un *documento* magisterial para la entrega del contenido de la fe.

9. CATECISMO Y CATEQUESIS

El Catecismo no puede, sin embargo, ignorar que él no lo es todo y que su uso está siempre al servicio de la tarea integral que hace la catequesis en la educación cristiana. Utilizar el Catecismo como si fuera ya catequesis, sería reducir sus virtualidades y volver a los tiempos en los que el Catecismo y la catequesis se confundían. Por eso es importante situar adecuadamente el Catecismo en la catequesis.

- a. El Catecismo es un instrumento de la catequesis, que es una actividad eclesial mucho más articulada y compleja.
- b. El Catecismo pertenece al orden de los medios que han de ser utilizados en la catequesis.
- c. El Catecismo es un medio privilegiado ciertamente, por ser un texto magisterial, pero no exclusivo, aunque sí necesario, porque recoge y sintetiza la memoria histórica de la Iglesia.
- d. Es conveniente recordar que la catequesis como actividad de enseñar la fe de la Iglesia precede al Catecismo en su concepción moderna de libro.

El Catecismo ha de encontrar, por tanto, su lugar adecuado en la catequesis y así colaborar con ella en su tarea fundamental: convertir el contenido de la fe en experiencia cristiana. El Catecismo le ofrece a la catequesis la riqueza de la tradición, recordándole los siete elementos básicos que la configuran, y con los que la Iglesia ha hecho cristianos a lo largo de sus veinte siglos de historia: “Las tres etapas de la narración de la Historia de la Salvación: el Antiguo Testamento, la vida de Jesucristo y la historia de la Iglesia; y los cuatro pilares de la exposición. El Símbolo, los Sacramentos, el Decálogo y el Padre nuestro. Con estas siete piezas maestras, base tanto del proceso de la catequesis de iniciación como del proceso permanente de maduración cristiana, pueden construirse edificios de diversa arquitectura o articulación, según los destinatarios o las diferentes situaciones culturales”¹⁶.

10. CATECISMO Y MATERIALES COMPLEMENTARIOS

Valorar el Catecismo y afirmar su necesidad no significa negar la necesidad y el valor de los materiales complementarios (guías, materiales didácticos, etc.); pero sí que es necesario ajustar la relación del uno y de los otros en la catequesis, teniendo en cuenta que “el carácter oficial del Catecismo local establece una distinción cualitativa respecto a los demás instrumentos de trabajo, útiles en la pedagogía catequética”¹⁷. Los materiales complementarios que se elaboran como ayuda para los catequistas en el ejercicio de su tarea, a mi juicio, han de encontrar su propio estatuto y su función en la catequesis actual de las diócesis españolas. Los materiales son siempre una mediación pedagógico-didáctica para el Catecismo y para la catequesis, pero sólo una mediación. En la medida que pretendieran sustituir al Catecismo, como suelen hacer a veces, perderían su propia credibilidad y debilitan su necesidad. La credibilidad de los materiales está en su humilde, pero necesaria vocación de servicio al Catecismo y a la catequesis, y justamente en eso está también su necesidad, pues el Catecismo difícilmente puede sobrevivir en la catequesis sin esa mediación didáctica necesaria. Por eso es propio de las guías enriquecer el Catecismo, sacar a la luz sus potencialidades desde el punto de vista pedagógico, didáctico, espiritual, doctrinal... hacer que sea lo más fiel posible a su misión de servicio a los catequistas en la catequesis, que es donde la fe se va haciendo poco a poco experiencia de vida cristiana. El Catecismo necesita del arte de hacer catequesis del catequista y los materiales son complemento de este arte. En resumen, los materiales didácticos son medios para situar mejor el Catecismo en la catequesis.

“El Catecismo local se ofrece finalmente como punto de referencia inspirador de la catequesis... Siendo el Catecismo, con la Sagrada Escritura, instrumento primordial, no son los únicos: se requieren otros instrumentos de trabajo más inmediatos. Por tanto, es legítimo preguntarse si el Catecismo oficial debe incluir elementos pedagógicos o, por el contrario, debe limitarse a ser una síntesis doctrinal, ofreciendo sólo las fuentes”¹⁸.

Si esa es la pregunta que el DGC hace para el Catecismo, es legítimo preguntarse si el Catecismo ha de estar incluido o no en los materiales complementarios, o éstos sólo han de orientar el uso directo de aquel. Lo que sí es cierto, como ya he dicho, es que los Catecismos han de tener presencia *real* en la catequesis. A mi juicio, pretender que el Catecismo vaya incluido en la diversidad de materiales que legítimamente ha de producir la Diócesis, la Provincia

Eclesiástica, la Conferencia Episcopal, es diluir y ocultar el Catecismo y, a la larga, como dice la propia experiencia, sustituirlo y suprimirlo hasta convertirlo en un *fantasma* del que todos han oído hablar si bien sólo a unos pocos se le aparece.

11. LOS CATECISMOS DE LA COMUNIDAD

La larga reflexión precedente ha sido para presentarles un Catecismo que se sitúa en el proceso de Iniciación cristiana de infancia y preadolescencia; y sobre todo para estimular su uso y para recordar que ha de ser tenido en cuenta por parte de la comunidad, que es en definitiva la destinataria y depositaria de este documento de la fe. Por eso es importante advertir que este Catecismo sólo puede tener una acogida adecuada si se recibe en el dinamismo de una comunidad cristiana, si es acogido en un baño de vida eclesial, en el seno materno de la vida de la Iglesia. Hay que recordar a este respecto que “la comunidad cristiana es en sí misma catequesis viviente. Siendo lo que se anuncia, celebra, vive y permanece siempre como el espacio vital indispensable y primario de la catequesis”¹⁹. La comunidad cristiana es, por tanto, origen, lugar y meta de la catequesis²⁰, es su hogar²¹ y es el ámbito en el que el Catecismo pasa a ser letra viva, porque su contenido pasa a configurar el proyecto de vida cristiana, realizado en procesos de iniciación a la fe. Refleja siempre el Catecismo un proyecto catequético diocesano y parroquial, y se sitúa en el proceso de evangelización de la Diócesis, en el que la catequesis es, evidentemente, un momento esencial.

Nuestros Catecismos se reconocen a sí mismos como “Catecismos de la comunidad”. Así se presenta hoy *Jesús es el Señor* y así se presentaba no hace mucho *Los primeros pasos en la fe* del mismo modo lo hará en su momento, que ojalá llegue pronto, *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia* con el que se completará el ciclo de “la iniciación de los niños a la vida cristiana”. Con los tres, la Iglesia que camina en España, con las adaptaciones a las lenguas y a las sensibilidades de sus regiones y nacionalidades, entrega la *traditio* que se ha de hacer a esta generación. Lo quiere hacer con un lenguaje común en el seno de todas las comunidades cristianas que, en su cercanía al destinatario y en el día a día de su misión, han de ser las que hagan este servicio eclesial a través de la catequesis. Los obispos, en su mensaje, consideran que este Catecismo por su sencillez, concreción, integridad, orden, exactitud y claridad, en su estructura y formulación, es un instrumento útil y necesario para la cate-

quesis y, sobre todo, para la entrega de la fe; es decir, para que nuestros niños y adolescentes reciban la fe de la Iglesia, la integren en su memoria y la formulen en un lenguaje común. A esto último puede ayudar especialmente el conjunto conclusivo de preguntas y respuestas en la parte final del Catecismo y al final de cada núcleo.

12. EL OBISPO, CATEQUISTA POR EXCELENCIA

Y por último, pasaremos a reflexionar brevemente sobre la responsabilidad de que los Catecismos se usen en la catequesis. Llamaremos “a capítulo” a los responsables de que el Catecismo llegue a los destinatarios. Hablamos en primer lugar del Obispo, y con él de los responsables diocesanos para la catequesis; y hablamos de los sacerdotes, de los catequistas y de los padres. Empecemos por el Obispo, al que el Directorio General para la Catequesis le recuerda que es el primer responsable de la catequesis:

- el obispo ha de ejercer la solicitud por la catequesis con una intervención directa en la transmisión de la fe a los fieles;
- el obispo ha de suscitar y mantener una verdadera mística de la catequesis, pero una mística que se encarne en una organización adecuada²².

Con estas dos recomendaciones, el Directorio está citando a *Catechesi Tradendae*, donde se afirma también que el Obispo es “catequista por excelencia”. Por esa razón Juan Pablo II le recuerda la prioridad de la catequesis ante *los mil compromisos episcopales* y les dice: “¡Que la solicitud por promover una catequesis activa y eficaz no ceda en nada a cualquier otra preocupación! Esta solicitud os llevará a transmitir personalmente a vuestros fieles la doctrina de vida”. Y sigue diciendo: “Tened la seguridad de que, si funciona bien la catequesis en las Iglesias locales, todo el resto resulta más fácil”²³. Esto hace evidente que, para el Obispo, ser catequista no puede ser algo excepcional o la afición de algunos. Todo Obispo es por vocación y misión catequista.

De ahí que el mensaje que estoy comentando arranque con la confesión, por parte de los obispos españoles, de que, al ser los catequistas por excelencia en cada una de sus diócesis, tienen la obligación de ordenar en ellas la catequesis para que sea activa y eficaz²⁴. Por eso el mensaje mismo es un compromiso explícito a implantar el uso del Catecismo en todas las diócesis del Estado Español. Es verdad que será necesario un Decreto Episcopal que refren-

de en cada Diócesis esta voluntad de su Obispo, pero ya aquí se está enviando un mensaje claro a toda la Iglesia española: este es el Catecismo que se ofrece para la transmisión fiel y adecuada de la fe en España.

En efecto, entre las obligaciones que contraen los obispos en lo que se refiere a la catequesis, está la de elaborar y probar Catecismos que “sean fieles al contenido de la Revelación, puestos al día en lo que se refiere al método y capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas”²⁵. Pues bien, eso es lo que acaban de hacer y eso es lo que han de hacer en el ejercicio de su ministerio episcopal. Eso lo hacen no sólo personalmente sino a través de sus vicarías, delegaciones o secretariados.

En vuestras manos, queridos delegados, está en gran parte esa importante y esencial tarea del ministerio episcopal; vosotros, colaboradores de los obispos, sois los responsables de que el catecismo *Jesús es el Señor* sea bien recibido. Esta responsabilidad encomendada hace absolutamente imprescindible el diálogo personal e institucional asiduo entre el Obispo y los responsables de sectores pastorales para que haya una perfecta y madura sintonía en las opciones y decisiones. Es necesario que entre el Obispo, maestro de la fe en su Diócesis, y los expertos, técnicos y gestores en la transmisión de la fe, haya sintonía y caminen todos en la misma dirección. El Obispo dará orientaciones y decretos, pero la ejecución concreta será directamente tarea del responsable de la catequesis.

13. EL CATECISMO Y LOS CATEQUISTAS

Antes de referirme a los catequistas, una palabra sobre los sacerdotes, pues tienen una responsabilidad especial en relación con la catequesis. Participan de la misión del Obispo y con él son maestros de la fe. El sacerdote ha de considerar siempre que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles. Por eso han de procurar que en el seno de la comunidad haya posibilidades de acogida y acompañamiento para los que desean conocer a Cristo y se han de esforzar por ofrecer una maduración progresiva a las comunidades cristianas, para que sean lugar vital y seno en el que se nace y se educa la fe. Para esta misión, el Obispo pone el Catecismo en manos de los sacerdotes para que, a su vez, ellos, a través de los catequistas, lo hagan llegar a manos de los destinatarios “en su integridad y en el momento oportuno”.

Lo dicho para el sacerdote sobre su responsabilidad hacia la catequesis y el Catecismo, hay que decirlo del catequista. Por eso las últimas palabras del mensaje se dirigen a ellos. Palabras que sólo pueden ser de agradecimiento y estímulo, pues son los catequistas los que llevan a cabo esta misión esencial y fundamental en la vida de la Iglesia y en la que tanto nos estamos jugando en estos tiempos de cambio social y religioso. Para esta tarea de iniciar en la fe y en la vida cristiana, los catequistas necesitan, además de ser testigos de vida cristiana, una sólida formación, apoyada en una sólida síntesis de fe. Por eso todo catequista no sólo ha de ser receptor del Catecismo para transmitirlo, sino también, y ante todo, para asimilarlo personalmente. Pues, si bien es cierto que es el catequista el que pone el Catecismo en manos de sus destinatarios, en este caso de los niños de 6 a 10 años, antes es necesario que lo haya puesto en su inteligencia y en su corazón.

Cada catequista debería hacer el itinerario de conocer a fondo el *Catecismo de la Iglesia Católica* y su *Compendio*, que ahora tiene unas fichas de trabajo muy bien elaboradas, pues ese es el mejor camino para desentrañar cualquier Catecismo local, y en este caso *Jesús es el Señor*. El que haga este itinerario sabrá reconocer los Catecismos como referencia obligada y lugar de encuentro en la transmisión de la fe. Los catequistas necesitan, en efecto, una *traditio* especial de la fe común de los cristianos. Por eso es recomendable que o previamente al ejercicio de este ministerio eclesial o durante el mismo, hicieran el ejercicio de un itinerario catequético completo.

14. LA FAMILIA Y EL CATECISMO

El Catecismo no sólo es el libro de referencia para la catequesis, lo es también para la transmisión de la fe en la familia. Es el instrumento directo que tienen los padres para hacer el seguimiento de la catequesis que sus hijos reciben en la comunidad cristiana, por eso el Catecismo tiene un lugar muy importante en la familia y en ella ha de cumplir algunos objetivos:

- a. La formación y acompañamiento de los padres ha de tener como base y referencia el Catecismo.
- b. Los padres, a su vez han de reforzar la acción de la catequesis desde el Catecismo, comentándolo con sus hijos en familia.
- c. El Catecismo ha de ser el libro que permanece en familia y que recuerda a lo largo de la vida la Iniciación cristiana.

15. PAUTAS PARA UNA ADECUADA PRESENCIA DEL CATECISMO EN LA CATEQUESIS

Y como conclusión de lo dicho hasta ahora, me permito apuntar unas pautas de comportamiento que, a su vez, quieren ser también una síntesis de mi discurso, y así pongo orden a lo que quizás a ustedes les haya parecido un tanto deshilvanado:

1. El Catecismo o síntesis de fe, como instrumento de la catequesis, ha existido siempre a lo largo de toda la historia de la Iglesia.
2. El Obispo ha de ejercer directamente su pastoreo en el campo de la catequesis y entre sus responsabilidades está la de determinar qué Catecismo ha de señalarse en su Diócesis.
3. Los sacerdotes y catequistas cuidarán de que sea el Catecismo el que vaya marcando los contenidos de la transmisión de la fe a lo largo de todo el proceso de Iniciación cristiana. Ha de buscarse una adecuada sintonía en cuanto al asesoramiento de las parroquias por parte de vicarías, delegaciones y secretariados.
4. Las vicarías, delegaciones y secretariados de catequesis han de asesorar y acompañar a las parroquias en el uso del Catecismo y en la elección de los materiales complementarios.
5. La programación de la Diócesis y de las parroquias ha de evitar en todo momento la dispersión en la elección de materiales, procurando sobre todo que tengan unidad a lo largo de todo el proceso de Iniciación cristiana.
6. Los responsables diocesanos recomendarán que, al elegir los materiales, se procure que realmente hayan sido hechos como complemento al Catecismo y no con pretensiones de sustituirlo.
7. La Diócesis y las parroquias habrán de cuidar la formación de los catequistas para que sepan descubrir y favorecer todas las potencialidades del Catecismo.
8. La formación de los catequistas ha de favorecer la capacidad y “el arte de hacer cristianos”, es decir, que sepan convertir el Catecismo en vida cristiana.

16. UN CATECISMO PARA UNA PASTORAL DE INICIACIÓN

Permítanme terminar con esta reflexión: en cada época hay que saber responder en la catequesis a las necesidades que se van detectando en la vida de fe de los hombres y mujeres de ese tiempo. En ésta, entre otras cuestiones, tenemos que reconocer que, a pesar de los enormes y encomiables esfuerzos que estamos haciendo, no estamos muy sobrados de formación cristiana, al contrario hay entre nosotros bastante ignorancia religiosa, una gran pobreza de lenguaje de la fe de nuestros cristianos y, por supuesto, falta en muchos una buena y necesaria síntesis de fe. Parece que en este momento se repite lo que en otras épocas de la historia. En otros tiempos, la Iglesia tuvo capacidad de respuesta. Nosotros también debemos responder con una sólida transmisión de la fe en el contexto de una nueva evangelización. Estoy convencido de que el Catecismo, adecuadamente situado en la catequesis y utilizado con rigor y seriedad, puede ser un instrumento especialmente útil de cara a una pastoral que todos decimos hoy que ha de hacerse en clave de Iniciación.

Ponencia impartida en las XLI Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis

El Escorial, 25-27 de febrero de 2008

NOTAS

¹ J. Ratzinger, *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, Lyon-París, 1983.

² Relación final, II, b.4.

³ *Fidei Depósitum* 8.

⁴ CC 233.

⁵ Cf DGC 132.

⁶ *Historia del Compendio de El Catecismo de la Iglesia Católica. Actualidad Catequética*, Julio-septiembre de 2005.

⁷ cf. DGC 121.

- ⁸ CT 50.
- ⁹ CT 55.
- ¹⁰ cf. CT 60.
- ¹¹ cf. CT 61.
- ¹² CT 61.
- ¹³ Mensaje sobre el nuevo Catecismo *Jesús es el Señor*º 5.
- ¹⁴ Discurso de Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro II 25 de Abril de 1988 con motivo de la *ricognosce* del Documento di base *Il Ronnavamento della catechesi*.
- ¹⁵ Juan Pablo II, Carta Apostólica *Laetamur magnopere*, 1997.
- ¹⁶ DGC 130.
- ¹⁷ DGC 132.
- ¹⁸ DGC 132.
- ¹⁹ DGC 141.
- ²⁰ DGC 254.
- ²¹ DGC 253.
- ²² cf DGC 222-223.
- ²³ CT 63.
- ²⁴ cf CT 63 y DMPO 128.
- ²⁵ CT 50.

Nuevo Catecismo *Jesús es el Señor*

Aprender y saber enseñarlo

Mons. Angel Rubio Castro, *Obispo de Segovia*

Hace años era corriente identificar Catecismo con Catequesis. San Enrique de Ossó, patrón de los catequistas españoles en su *Guía Práctica del Catequista* describe la importancia de tener los niños “un puesto fijo en la Iglesia para evitar que vayan corriendo al Catecismo... y cuando lleven asistiendo a este Catecismo dos o más años es conveniente que pasen a pertenecer a alguna asociación o Congregación”. Y más adelante, añade: “Hoy día, se llama también Catecismo al librito que, en forma de diálogo, en breves y precisas preguntas y respuestas, contiene, con admirable orden, todo lo que un cristiano debe creer, esperar y obrar”.

Nosotros debemos distinguir, con claridad, los dos términos, ya que responden a dos realidades bien diferentes entre sí, aunque necesariamente relacionados como no puede ser menos. La catequesis es, esencialmente, una acción eclesial que se realiza en el contexto de una relación interpersonal y en las coordenadas sociales y culturales en el que vive el catequizando. El Catecismo es un texto escrito, que contiene la formulación de las verdades de la fe de la Iglesia.

Sin el Catecismo, como punto de obligada referencia, las palabras del catequista se quedarían sin el contraste autorizado que el fiel cristiano necesita para estar seguro que lo que se dice es verdaderamente lo que la Iglesia enseña.

Ésta es precisamente la primera característica de un Catecismo: su fidelidad doctrinal avalada por la autoridad jerárquica. Históricamente, dicho aval se ha producido por vía de hechos más que por declaraciones formales de los Obispos y menos todavía del Romano Pontífice. Las más de las veces han sido autores particulares quienes han escrito los catecismos, que luego se han ido imponiendo por uso continuo en las catequesis con el visto bueno e, incluso, recomendación de los obispos.

Una segunda característica de los Catecismos es su adaptación popular, hasta el punto de que casi inevitablemente, cuando se habla de catecismos, se piensa en libros para niños. Por este rasgo de adaptación popular se exige a todo buen Catecismo que sea breve y que sea claro en sus formulaciones. Piénsese, ahora, en estos dos rasgos de fidelidad doctrinal y adaptación popular con exigencias de brevedad y claridad y se entenderá bien la dificultad de lograr un buen Catecismo.

En el catecismo *Jesús es el Señor* los obispos hemos escrito que “lo entregamos con gozo a sus destinatarios más directos: los niños y niñas que en su iniciación cristiana descubrirán a Jesús como el Señor. Asimismo, lo entregamos a las familias, transmisoras de la fe e Iglesias domésticas, para el acompañamiento en la educación de los hijos; a los consagrados e instituciones católicas, para su misión en el ámbito educativo; a los catequistas que lo utilizaran como documento de fe en la catequesis. Todos son, de un modo directo y cercano, acompañantes de los niños en su encuentro con Jesús, el Señor”. (*Mensaje de los Obispos, 7 de marzo de 2008*).

Es un Catecismo para ser leído en familia. La comunidad cristiana tiene que sentirse totalmente involucrada en la iniciación de sus hijos pequeños. El sacerdote y el catequista han de ejercer, por medio de la catequesis, la maternidad eclesial con los niños.

El nuevo Catecismo consta de 44 temas agrupados en núcleos temáticos que van recorriendo el Credo de forma ordenada. Los dibujos asociados al contenido, los textos bíblicos, el desarrollo narrativo, las preguntas y respuestas, las oraciones... hasta la tipografía, hacen del Catecismo un libro de pedagogía y doctrina para los niños.

A lo largo de cuatro años, especialmente los educadores, han de conocer el “arte” de la catequesis para educar a los niños durante este tiempo y descubrir cómo cada página del Catecismo, si se sabe acertar en su pedagogía y metodología, se podrá desarrollar en este proceso largo de catequización.

Cualquier acción humana que se proyecte necesita de un método. Método es lo mismo que decir camino a seguir para lograr unos objetivos. El método no tiene valor propio, autónomo, sino que está en función de la catequesis que tengamos.

La catequesis es obra humana y obra divina; como obra humana, en catequesis se deben utilizar los métodos pedagógicos más apropiados para los destinatarios, aquellos que mejor responden a los diversos niveles culturales y a las distintas situaciones y ambientes.

Pero, a la vez, la catequesis es acción de Dios y obra de su Espíritu (CT 9,72), por eso el catequista ha de reconocer esa acción de Dios en el catequizando, facilitando siempre el encuentro entre Dios y el hombre.

Unos métodos insisten en la dimensión doctrinal, otros en la vivencia; unos ilustran los aspectos políticos para provocar el compromiso temporal; otros buscan la formación espiritual. Entre los instrumentos auxiliares de la catequesis están los llamados “mass media”. En determinadas circuntascinas son el único conducto a través del cual puede transmitirse el mensaje de Cristo.

Una catequesis ha de ser completa, sencilla y plenamente positiva. Y esto hay que preverlo y planearlo detalladamente en el momento de decidir el contenido sobre el que versará la enseñanza catequética en cada edad. De ahí la enorme importancia que tiene una programación cuidadosa de toda catequesis.

El encontrar la adecuada formulación de las verdades que enseñamos constituye otra grave necesidad. No vale decir que la niñez es tiempo de aprender, que más adelante recordarán y entenderán lo que aprendieron. Es necesario que desde niños vivan lo que aprenden y, difícilmente, pueden vivir si no lo llegan a entender. La memorización de las fórmulas ha de ir acompañada ineludiblemente de la explicación de los conceptos y de los términos. Siempre será necesario aprender de memoria algunos pasajes bíblicos y litúrgicos, profesiones de fe, fórmulas de oración y nociones claves de la doctrina.

Nuestra catequesis ha de ser armónica, equilibrada en cuanto a las actividades que determina el cuadro de una vida cristiana completa: la fe, la liturgia y la fidelidad a Cristo en todos los aspectos del vivir cotidiano.

Como la catequesis no puede quedar reducida a una explicación, síntesis, puesta en común, etc., sino que busca crear unas actitudes cristianas, se han de dar paso al compromiso cristiano del niño ante la Iglesia de Cristo y el mundo.

Hemos de preparar guías para los catequistas, materiales didácticos..., pero en ningún caso han de sustituir o suplantar el Catecismo. Si acertamos los adultos a comprender bien el Catecismo, sabremos enseñarlo en integridad a lo largo de la iniciación cristiana, especialmente en la etapa anterior a la primera comunión.

En nuestra diócesis será obligatorio y único para los niños de 6 a 10 años que accedan a la catequesis. Así se orientarán las tareas de la iniciación cristiana que capacite a los creyentes para entender, celebrar y vivir el Evangelio.

Benedicto XVI opta por la tradición en las celebraciones litúrgicas

En las últimas celebraciones eucarísticas presididas por Benedicto XVI, el Santo Padre ha querido que los fieles que recibían la comunión de sus manos lo hicieran arrodillados y en la boca, es decir, tal como era usual antes del Concilio Vaticano II. Para el Papa, este gesto es señal inequívoca de la veneración y respeto que hay que tener ante la Eucaristía, así como de la necesidad –ya señalada por el Pontífice en numerosas ocasiones– de subrayar la presencia real de Jesús en la sagrada forma.

En una entrevista en *L'Osservatore Romano*, Mons. Guido Marini, maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias, declaró el pasado 25 de junio que la comunión de los fieles en la boca y arrodillados es una praxis destinada a ser habitual a partir de ahora en las celebraciones papales y añadió: “No hay que olvidar que la distribución de la comunión en la mano permanece todavía, desde el punto de vista jurídico, como indulto a la ley universal, concedido por la Santa Sede a las conferencias episcopales que lo hayan solicitado. La modalidad adoptada por Benedicto XVI tiende a subrayar la vigencia de la norma válida para toda la Iglesia. Además, podríamos ver también una preferencia por el uso de dicha modalidad de distribución que, sin quitar nada a la otra, resalta la verdad de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, ayuda a la devoción de los fieles, introduce con mayor facilidad al sentido del misterio. Aspectos que, en nuestra época, pastoralmente hablando, es necesario subrayar y recuperar urgentemente”.

En cuanto a las acusaciones de que estas señales del Papa impliquen un regreso al pasado con la imposición de modelos preconciliares, Mons. Marini declaró: “Creo que términos como *preconciliares* y *posconciliares*, que alguien emplea, pertenecen a un lenguaje ya superado y, si se emplean con la intención de indicar una discontinuidad en el camino de la Iglesia, soy de la opinión de que son erróneos y típicos de visiones ideológicas muy reductivas”.

Mons. Marini añadió que “hay cosas antiguas y cosas nuevas que pertenecen al tesoro de la Iglesia desde siempre y que como tales debemos considerar. El sabio sabe encontrar en su tesoro unas y otras, sin apelar a otros criterios que no sean los evangélicos y eclesiales. No todo lo nuevo es verdadero, como por otra parte no lo es todo lo antiguo”. Para el maestro de celebraciones papales lo más importante “es que todo concurra para que la celebración litúrgica sea en verdad la celebración del misterio sagrado, del Señor crucificado y resucitado que se hace presente en su Iglesia reactualizando el misterio de la salvación y llamándonos, en la lógica de una auténtica y activa participación, a compartir hasta las últimas consecuencias su propia vida, que es vida de don de amor al Padre y a los hermanos, vida de santidad”.

Báculo dorado en forma de cruz griega

En cuanto al bastón pastoral del Papa, que desde el Domingo de Ramos de este año es el de Pío IX y ha dejado de seguir el modelo introducido por Pablo VI y usado por Juan Pablo I, Juan Pablo II y por el propio Benedicto XVI hasta la Cuaresma de este año, Mons. Marini explica que la opción del Santo Padre por este báculo dorado en forma de cruz griega “no significa simplemente un regreso a lo antiguo sino que quiere ser testimonio de un desarrollo en la continuidad, un arraigo en la tradición que permite proceder ordenadamente en el camino de la historia”. El motivo de fondo, pues, es que este báculo actual “responde de modo más fiel al bastón pastoral típico papal de la tradición romana, que siempre ha sido en forma de cruz y sin crucifijo, al menos desde que los pontífices romanos empezaron a emplear el bastón pastoral”. Además, se trata también de una cuestión práctica ya que el báculo de Pío IX es “más ligero y manejable”.

En relación con las voces que circulan sobre una posible celebración de Benedicto XVI en latín según el rito tridentino (el misal romano anterior a la reforma conciliar), Mons. Marini no se pronunció en ninguna dirección. Sin embargo, el uso del latín está siendo reconsiderado por instancias vaticanas. Recientemente, el cardenal Darío Castrillón Hoyos, presidente de la Pontificia Comisión Ecclesia Dei, declaró con motivo de una rueda de prensa en la Latin

Mass Society, que el Papa quería que “todas las parroquias pudieran celebrar según el rito antiguo”, es decir, la llamada misa tridentina en latín. El cardenal también afirmó que desde Ecclesia Dei, están escribiendo a los seminarios de todo el mundo para que enseñen a los futuros sacerdotes “no sólo a celebrar la misa en latín sino también a comprender la teología, la filosofía y el lenguaje específico de ese rito”.

Marta Nin

(Catalunya Cristiana, 3 de julio de 2008)